

ML
410
N64
A518
19--

Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/ideasycomentario00ninj

I

1942

(40)

A. Romero

Ideas y Comentarios

J. Joaquín Nín

Ideas y Comentarios

Versión española de I. Z.

Publicaciones de la Revista Musical de Bilbao.

ML
410
N64A518
19--



1049307

INVOCACION

Bienaventurados aquellos cuyo noble canto ha de reinar más allá de la vida humana, tan corta, tan breve...

Bienaventurados aquellos á quienes sus poderosas alas elevarán hasta el Sublime Infinito...

Bienaventurados aquellos que, sin claudicación, alcanzarán la Posteridad...

Bienaventurados aquellos que podrán vencer así el olvido y gozar de una Vida Eterna...

PREÁMBULO

Aquellos de mis lectores que conozcan mi opúsculo *Pro Arte*, publicado dos años ha, no dejarán de notar entre aquella obrita y ésta, frecuentes afinidades de forma y aun de fondo. El fin propuesto es el mismo: combatir la perniciosa influencia de la Vanidad, de la Mentira, de la Ignorancia y del Egoísmo en el Arte, en la Música sobre todo. La diferencia reside en que *Pro Arte* va dirigido á los intérpretes solamente, mientras que *Ideas y Comentarios* alcanza á todas las categorías musicales: intérpretes, compositores, profesores, discípulos, críticos, editores, empresarios, etcétera...

Se notará también la ausencia de un plan de conjunto: en efecto; cada uno de estos capítulos expone, defiende, combate ó comenta un hecho, un principio ó una idea que puede aislarse de las demás. Sólo el fin permanece siempre el mismo, aunque se llegue á él por caminos variados y á veces imprevistos. Son pequeñas síntesis, absolutamente independientes entre sí. El orden adoptado para la edición no tiene nada de absoluto.

De propósito he evitado el tomar como punto de partida hechos relacionados con la vida musical. Nuestra esfera es muy especial, muy particular; obligado, como estoy,

á mirarla de cerca, tal vez no hubiera sabido comentarla con la imparcialidad y la flexibilidad de juicio que exije... Me he limitado pues á comentar los variados «temas» que la Historia, la Literatura, la Filosofía y la vida ordinaria me han ofrecido en el curso de mis lecturas y observaciones.

Se me reprochará, sin duda, el manifestar por los virtuosos muy limitadas simpatías. Mal haría en disimular un sentimiento que he expresado anteriormente, bajo formas diversas, siempre que se me ha presentado ocasión para ello. Sin embargo, á lo que yo ataco más especialmente no es al virtuoso, ni á la virtuosidad, sino al *virtuosismo*.

El *virtuoso* probo, leal, sincero y devoto de su Arte, es muy raro, pero precioso, indispensable á la vida musical, tal como la comprendemos hoy: merece toda clase de apoyos, de alientos, de alabanzas... Pero los grotescos arlequines que se cubren con el nombre de *virtuosos* para justificar sus muecas, sus errores, sus torpezas, sus abominaciones y sus sacrilegios; esos falsos hijos del Arte que, bajo la égida de la virtuosidad, se insinúan y viven en el Reino de la Gloria, son seres perfectamente inútiles y aun dañinos. Son parásitos; viven del Arte sin darle la menor partícula de su vida.

La *virtuosidad,* considerada como medio, es indispensable; es uno de los mejores elementos de que puede disponer el intérprete para convencer á la multitud; es uno de los más hermosos aspectos de la elocuencia musical... Considerada como fin, es un verdadero veneno estético, un instrumento de corrupción artística y de degradación social; es la cortina que encubre ó disimula á los ojos de la masa, las flaquezas de la obra ó del intérprete. La virtuosidad, en este sentido, es una gran mentira...

Pero el *virtuosismo,* es decir: el empleo, la adopción, la aprobación, la admiración incondicional de la Virtuosidad, es una mácula, una perversión sensorial, una enferme-

dad vergonzosa que los que aspiran á una moral artística superior deben combatir por todos los medios posibles. El virtuosismo ha hecho de los intérpretes del Arte el instrumento, el juguete que la multitud solicita para su diversión y solaz: ha transformado los templos en barracas de feria, la Música en oficio ambulante; es el pretexto, la causa y el origen del espíritu mercantil que predomina hoy en el Arte.

No pretendo en manera alguna que *todos* los virtuosos se hallen desprovistos, por igual, de talento, de ingenio y de probidad artística; lejos de eso. Los hay, ciertamente, muy aptos para el ejercicio del Arte por su viva inteligencia y sus sentimientos delicados; pero, con raras excepciones, estas cualidades desaparecen bajo la acción artera de la adulación de la multitud, siempre exagerada, para dar lugar á sentimientos menos elevados, menos puros, menos dignos, pero sin duda más productivos, y que fatalmente les cambian, les deforman, les empequeñecen, sobre todo, y hacen de ellos seres absolutamente indignos de interés, á pesar de su talento y de su celebridad...

Sufrimos el poder despótico de la virtuosidad pura desde hará pronto un siglo. Sin embargo los horizontes que ella nos ha descubierto no nos compensan, ni con mucho, los que nos ha hecho perder.

El público, el gusto y las ideas han cambiado desde la época—felizmente lejana—en que los virtuosos se cubrían de oro y de gloria tocando fantasías de ópera, transcripciones de toda suerte, variaciones sobre aires conocidos ó improvisaciones cualesquiera... Los que aman á *la música* antes que á todo, reclaman y exigen otra cosa: hacen bien.

Demasiado ha durado ya el reino de la virtuosidad absoluta.



EL ANTEPASADO

Reverencia la memoria de los héroes bienhechores...
Pitágoras.

Un pasado glorioso es el honor de una raza.
El pasado y la tradición son las raices del genio nacional.
***

Cuando se investiga en el pasado de los pueblos, cuando se pregunta á las hojas amarillentas de alguna vieja Historia cuáles eran los ritos, las creencias, los cultos y las religiones que hicieron extremecer á las primeras agrupaciones humanas, sorprende ver al Hombre Antiguo penetrado de un inmenso respeto por el Antepasado, por el Antecesor, por el Ascendiente, por el que, antes que él, había alcanzado la felicidad suprema ó padecido el supremo dolor; por el que, habiendo vivido sobre la misma tierra que él, la había regado con su sangre, con su vino ó con sus lágrimas; por el que, al morir, le había legado una Tradición, un Ideal...

Era un gran sentimiento religioso, sagrado; el primero tal vez del que los hombres tuvieron absoluta conciencia. El Antepasado velaba sobre la conservación de la familia y sobre la perpetuidad de la raza; el Antepasado era una fuerza latente,

una protección, un apoyo necesario para el descendiente. El Antepasado era la raiz nudosa y ruda que hacía ascender la savia de la experiencia hasta las ramas más elevadas del árbol familiar. Cuanto más estas ramas se elevaban, más las raíces se hundían en la tierra—el pasado del árbol—,pero cualquiera que fuese la distancia entre la cima y la raiz más profunda de ese árbol milenario, esa raiz lejana y obscura era siempre el punto de partida vital...

Nuestra concepto del Antepasado es infinitamente menos bello. ¿Qué rango atribuímos nosotros, los «civilizados», al Antepasado, en la gran familia del Arte? ¿Qué lugar reservamos en la historia de nuestra cultura, al pasado que nos legaron nuestros ascendientes? ¿Cuáles son, en nuestra vida artística cotidiana, los momentos que consagramos á reverenciar á nuestros antepasados, nuestros bienhechores?... ¿No es sensible y doloroso el ver que este culto se pierde de día en día, bajo pretexto de progreso? ¿No es triste asistir á la destrucción de ese augusto pasado, entregado á las injurias de los simonianos y de los apóstatas? ¿No es aflictivo el ver saquear todos los días nuestras más santas reliquias patrimoniales por aquellos mismos que debieran protejerlas contra toda impureza?...

Pase en cuanto á los literatos, que, de tiempo en tiempo, nos hablan de Homero, de Plutarco, de Esquilo, de Anacreonte, de Virgilio, de Cicerón, de Plinio, de Juvenal ó de Horacio... lo que prueba que no se olvidan de ellos enteramente, y aun que los leen alguna que otra vez...

Pase todavía en cuanto á los pintores, que se ponen en contacto con el genio de los antepasados en sus correrías á través de los museos, las iglesias, los monumentos y los pequeños santuarios de arte que las grandes ciudades nos ofrecen por doquiera...

Pase aun en cuanto á los escultores y arquitectos, muchos de los cuales han

ido en peregrinación á Roma, Florencia, Venecia, Atenas, Jerusalen, Constantinopla ó Toledo...

Pero los músicos... y los ejecutantes, sobre todo... ¡qué vergüenza! Preguntad á cualquiera de uno de esos virtuosos-tipos que reunen las características de esa masa neutra, pero perfectamente definible, que se llama «la gran mayoría», cuáles son las cualidades predominantes de las obras escritas por tal músico de tal época, y si la pregunta rebasa los límites tradicionales fijados por los catálogos de los almacenistas de música, no os responderá nada, ú os responderá mal. Preguntadle en qué condiciones especiales escribió tal músico tal admirable obra maestra, y os quedaréis como antes. Habladle de los orígenes del repertorio peculiar del instrumento que cultiva, nombradle adguno de sus antecesores, y, molestado, os dirá que todo eso no es más que inútil erudición, «musicología», y que esa música de que le habláis es... «música vieja».

¡Música vieja! Ese es el insulto supremo al Antepasado que ignoran, á la obra maestra que no comprenden, y es la mayor injuria que pueden infligirse á sí mismos.

En primer término, ¿por qué confundir la erudición con la simple cultura artística?... ¿Por qué llamar «musicología» al conocimiento normal de las leyes que rigen la Música, del origen y de la evolución de esas leyes?... ¿Por qué es preciso que el arte antiguo se convierta en «documental» en cuanto se trata de música?... ¿Por qué llamar «especialista» al hombre que sabe lo que sencillamente debe saber? ¿Se llama erudito al pintor que conoce la diferencia que existe entre un Velázquez y un Goya, un Rubens y un Holbein, un Durero y un Jordaens?... ¿Se llama especialista al escultor capaz de hablar un cuarto de hora de Donatello y Canova, de Fidias y Miguel Angel?... ¿Por qué entonces ha de llamarse «erudito» y «especialista» al músico que conoce y frecuenta los primitivos ó los clásicos de su arte?...

Después, ¿qué se entiende por «música vieja»? El Arte no envejece: evolúa; se manifiesta bajo múltiples aspectos, infinitamente variados, que se completan siempre, pero que no «pasan» jamás. La verdadera Belleza no es un objeto, un mueble que exige restauraciones periódicas: es inmutable, eterna!...

Una obra maestra—y las obras maestras son las que, en la historia de la humanidad, señalan los jalones del camino del Arte—no es la expresión de un solo cerebro, ni de un solo hombre: es una partícula de vida que contiene, concentradas, las inspiraciones de una época, de un pueblo y de varias generaciones. Una obra maestra de pocas páginas nos muestra á veces, en admirable resumen, la historia de un siglo...

Las obras maestras son algo más que la expresión aislada, única é individual del pensamiento y de los sentimientos de sus creadores; son la expresión misma de una raza, de un grupo humano, de una nación, con sus grandezas y sus debilidades, sus violencias y sus ternuras, sus alegrías y sus dolores.

No es sólo ignorancia, el renegar del pasado; es traición, porque es renegar del alma de nuestros antecesores, de los que sufrieron el martirio, no para sí mismos, sino para el Arte, del que nos han legado las más puras y fecundas bellezas,

Los sacrificios de esas vidas, los sufrimientos, las miserias, las privaciones padecidas por la mayor parte de esos héroes, todo esto ¿no significa nada para nosotros?... ¿Nuestra egolatría nos ciega, pues, hasta el punto de no reconocer los ídolos de nuestra religión?... ¿Es un sentimiento de curiosa piedad solamente lo que debe inspirarnos ese pasado grande y glorioso?... ¿Y así es como honramos á los que hicieron brotar para nosotros las fuentes de la belleza, á los que fueron los dispensadores de nuestras actuales alegrías?

Sin embargo, son innumerables los que tienen este triste concepto del Antecesor; son multitud los que viven en la ignorancia vil y completa de las maravillas que nues-

tros antepasados forjaron, con tanto ardor y tanta generosidad, para nosotros...

Para éstos, todo lo que traspasa el estrecho círculo en que se han encerrado—círculo infinitamente pequeño, puesto que comprende apenas dos siglos—es cosa supérflua.

Para éstos, la Música es un ser cuya paternidad es indiferente y cuyos orígenes es preferible ignorar: la Música es un Arte que exije un progreso incesante, y este progreso se traduce por el olvido del pasado y por una marcha perpétua hacia un punto que se aleja sin cesar del origen, del Antecesor y de la Tradición: la Música debe ir destruyendo su pasado á medida que conquista el porvenir. Sería, pues, la Música, la más pura expresión del más desenfrenado futurismo; ¡bella conquista de la que podríamos enorgullecernos á los ojos de nuestros descendientes!...

Pero tengamos cuidado. En tanto que los músicos han considerado á la Música como una especie de culto sacerdotal, como una religión (y esto supone forzosamente el respeto y amor hacia las tradiciones adquiridas), nos ha dado genios cuya fuerza y pujanza bastan á alimentarnos y fortalecernos todavía, á pesar de los siglos transcurridos.

Aquéllos reverenciaban al Antepasado; aquéllos supieron ser iconoclastas y discretos, héroes y hombres. Vino el virtuosismo y nos trajo una legión de afeminados que, para atraer á la Multitud, se revistieron de cuanto más bello y sagrado había en nuestros templos; aquellos fueron los primeros en profanar nuestras santas reliquias... Y aquella fué la señal del desenfreno, que prosigue aún, crapuloso y desvergonzado, en torno del Becerro de Oro—símbolo de infortunio—mientras que el Pasado se aleja y el Antecesor, olvidado, gime y tal vez nos maldice...



ANTIGUOS Y MODERNOS

Nos alimentamos de los antiguos y hábiles modernos; los estrujamos, extraemos de ellos cuanto nos es dable, rellenamos de ellos nuestras obras; y cuando por fin somos autores y creemos poder andar solos, nos rebelamos contra ellos, los maltratamos, á imagen de esos niños robustos y bien amamantados que pegan á sus nodrizas.

La Bruyere

La ignorancia y la falta de respeto hacia los antepasados no son defectos modernos únicamente. Ya en el siglo XVII, Perrault pretendía que la Iliada no valía gran cosa, y, apoyado por el «Mercurio Galante», las mujeres, la juventud y la Academia, se entretuvo en burlarse de todo lo que databa de algunos siglos atrás y cubrió de elogios al abate Cotin, al abate Cassaigne, Jean Chapelain, etc., etc., mientras que Boileau, su terrible adversario, apoyado por Racine, La Bruyère, Dacier, Longepierre, Ménage y Pierre-Daniel Huet, obispo de Soissons, rehabilitaba todo lo condenado por la ligereza de Perrault y sus prosélitos.

Esto prueba, simplemente, que en esta debatida cuestión, otros, antes que nosotros, erraron también.

Hay en ello un error de principio. No se trata de alzar sobre el pavés al arte anti-

guo en detrimento del actual, ni de considerar á la más reciente expresión del arte moderno como ley inflexible de lo bello; se trata de saber lo que es bueno —exclusión hecha de toda idea de época—de no olvidarlo, de no renegar de ello y de amarlo. Se trata de «no pegar á la nodriza», según la expresión de La Bruyère.

Horacio decía ya: «¿qué manía es esta de separar los viejos de los nuevos poetas?... Los hay buenos y malos; esto es lo que importa saber...»

El ingenio moderno nos procura todos los días goces comparables á los que nos dieron con tanta abundancia los grandes ingenios griegos y latinos; pero llegaría á ser odioso si nos exigiera el sacrificio de nuestro amor por la belleza antigua. El que nuestra admiración por el pasado exceda á veces á la que nos inspira el presente, no debe ser objeto de censura. Ese pasado es inmenso; la fuerza intelectual y anímica del pensamiento antiguo es inconmensurable; todos sabemos lo que representa para nosotros. El presente es forzosamente pequeño y no sabemos hoy adonde ha de conducirnos. Toda consideración precisa sobre su alcance es, por esta razón misma, problemática y prematura.

Es posible, por lo tanto, sin caer en la deplorable manía de separar el arte antiguo del arte moderno, y permaneciendo adicto al espíritu actual, confesar una marcada predilección por el pasado. Esto no disminuye ni el valor ni la fuerza de los sentimientos que se experimentan hacia el presente, todo lo contrario. Existen, entre los que aman la música «vieja» muchos que aman también con todas las fuerzas de su alma, y con pleno conocimiento de causa, la novísima, la que acaba de florecer.

En lo que concierne á la Francia, sobre todo, nunca su satisfacción fué más viva, más completa, pues ninguna música permite, como la suya, aproximar más armoniosamente las dos edades y el gusto que de las dos épocas emana.

La hora actual—cuya belleza sólo se discute por los que discuten ó rechazan la belleza antigua—no es la hora de algunos hombres, es la hora de todos y es un eslabón más en la cadena del pensamiento humano, esa cadena inmensa y prodigiosa cuyo sonido argentino cadencia y ritma nuestra vida.

Los eslabones de esa cadena son todos iguales; que aquí estén ó que se sepulten en los siglos, poco importa. No debemos injuriar á los que, obedeciendo el impulso del tiempo, se alejan de nosotros... ¿Qué diríamos de un árbol que, en plena florescencia, quisiera separarse de sus raíces?...



...Y LA VERDAD SE QUEDA SIEMPRE EN EL POZO...

Las verdades que menos queremos oír
son las que más importa saber.

BOISTE.

Parece ser que los literatos ingleses en el siglo XVIII—este siglo en el cual, según la expresión de Rodin, todo el mundo tenía talento—trataban á los grandes señores bajo un pie de igualdad, les invitaban á su mesa, asistían á sus aristocráticos círculos, contraían matrimonio con damas de la más alta nobleza, y, lo que es más precioso todavía; tenían la absoluta libertad de expresar, en sus escritos, sus más avanzadas y peregrinas opiniones... Así, por lo menos, nos lo dice A. M. Berthelot.

¡Cuánto han cambiado desde entonces las cosas!

Hoy, en primer término, apenas si hay modo de hallar un gran señor; un *gran señor* auténtico, legítimo, sin mezcla. Después, ocurre amenudo que falta lo esencial para la propia subsistencia, lo que hace más que inasequible el honor de convidar á uno de esos encopetados señores tan escasos... y en fin, apenas se casa nadie; las relaciones seudo-sentimentales están á la orden del día y suplantan con alarmante frecuencia al

vulgar matrimonio. Entre la gente de arte, sobre todo, el matrimonio es prenda usada que poco viste...

Pero en lo que nos cuesta creer á M. Berthelot es cuando nos afirma que en el siglo XVIII, y en Inglaterra, todo el mundo podía franca y abiertamente emitir su opinión por escrito. ¿Pero es que esto ha existido alguna vez? ¿Podemos hoy imaginarnos que haya quien escriba con lealtad lo que piensa, lo que siente, lo que ve y lo que quiere? ¿Es posible creer que alguien, en posesión de todas sus facultades, ose decir hoy la verdad desnuda, límpida y pura sobre los genios consagrados por la multitud ó por la crítica, sobre las instituciones destinadas á alimentar nuestro espíritu, sobre los hombres que nos ven, sobre las cosas que nos inspiran, sobre las leyes que nos rigen, sobre el Pasado, sobre el Presente..., sobre nosotros mismos?

Supongamos que alguien dijera hoy que la Historia nos ha legado apenas una docena de músicos verdaderamente grandes ante los que hay que prosternarse y enmudecer, y poco más de un centenar de verdaderas obras maestras, ante las que debe uno inclinarse, cerrar los ojos y orar, casi...

Quien dijese que la crítica no existe, ó bien que peca por vicio de forma, puesto que se dirige casi siempre á quienes, por su calidad, ni pueden ni quieren escucharla...

Quien dijese que es absurdo que una sala de conciertos pueda contener más de 400 personas, puesto que no existe en el mundo ciudad alguna que cuente en su seno 400 individuos capaces de amar y comprender la música...

Quien dijese que no se puede verdaderamente amar lo que no se comprende, y que, por lo tanto, hay muy poca gente que ame la música en el sentido más puro de la palabra...

Quien dijese que las salas de conciertos, grandes ó pequeñas, deberían ser accesibles á todo el mundo, como las iglesias, los museos, los bellos jardines, los grandes

bosques... y que bastaría para esto cerrar la boca á unos cuantos cañones, dejar en seco unos cuantos buques y arrojar al arroyo de la paz mundial unos cuantos millares de fusiles...

Quien dijera que la mitad de la vida de un músico debería estar consagrada á la literatura, á la poesía, á la pintura, al conocimiento de las ciencias, al estudio del Arte bajo todos sus aspectos, á la contemplación de la Naturaleza, esta Artista única, divina, que pinta, que canta, que esculpe, que edifica, que rima, que danza eternamente... aunque por ello escribiera unas páginas menos ó tardara en conquistar la celebridad unos años más...

Imaginaos alguien que dijera todo esto y veréis un loco, un pedante, un chiflado, un ignorante, un cándido... ó un mónstruo.

¿Quién escucharía, quién leería semejantes demencias?

Así, guardaréme yo de decirlas, pero ¿por qué la Verdad, en Arte sobre todo, se queda siempre en el pozo? Ella, tan bella!...



LOS ESCOGIDOS

La multitud, cuando goza de autoridad,
es el más cruel de los tiranos.

PAGÉS.

Cuando Vésale—el verdadero fundador de la anatomía humana—sacudió, joven aún, el yugo de Galiano, se atrevió á combatir los principios de su maestro y atacó las tradiciones establecidas, por estarlo sobre bases falsas, se produjo un movimiento de indignación y odio de tal acritud, que veintinún años después, Vésale—que en el intervalo no había dejado de luchar—tuvo que comparecer, gracias á las maquinaciones de sus enemigos, ante el Tribunal de la Inquisición y fué condenado á muerte. Felipe II consiguió que se le conmutara la pena por una peregrinación á Jerusalem que, por cierto, costó la vida á ese grande hombre.

Anaxágoras, el primer filósofo griego que hizo—teóricamente—la distinción entre el espíritu y la materia, sufrió parecida suerte y no debió su salvación más que á su huída de Atenas...

Cada página de la historia nos muestra así una mancha de sangre; cada nueva creen-

cia un sacrificio y cada nueva religión una matanza... Porque la multitud quiere que se respete su pasado legendario y apócrifo; ese pasado de absurdas contradicciones y fábulas mentirosas; ese pasado ficticio en el cual los héroes no son más que fantasmas; ese pasado de sueños, de quimeras y de confusas tradiciones; ese pasado irreal, imaginario, hecho de visiones y errores... y la multitud grita, clama y se exaspera si alguien osa tocar á sus falsas convicciones y á sus leyendas.

Tiene sus ídolos: que sean de yeso ó de granito poco le importa: así los ama y los venera.

Tiene sus creencias: legítimas ó falsas á ellas se acoje inquieta ó miedosa... Débil, por su propia inconsecuencia, se aferra á los cuatro muros agrietados de su pasado de fetichismo, de inconsciencia, de rutina y de fábula; y allí es donde encuentra el reposo que su pereza y pusilanimidad necesitan; allí es donde se siente dichosa; allí es en donde puede, en fin, cerrar los ojos—creyendo, sin duda, substraerse así á la luminosa acción de la Verdad—y dormir su eterno sueño de ignorancia...

Por eso la Multitud aborrece á esos seres extraordinarios, á esos grandes escogidos—producto de todas las épocas—que impelidos por una fuerza que llamamos aun «misteriosa», pero que podríamos quizás llamar «divina», derriban los viejos ídolos vacilantes, arrasan los templos que servían de refugio á las falsas divinidades; incendian y aniquilan todo cuanto pudiera propagar los ritos de ese culto herético, dispersan las falsas creencias y, sobre esas humeantes ruínas, levantan bellas y sólidas columnas de entre las cuales la Verdad, como divinidad única, surge luminosa y resplandeciente.

Pero en cuanto la nueva religión aparece, radiante y mirífica; en cuanto se alza la última columna, la Multitud, que oculta su odio, se arroja colérica, vomitando injurias y ebria de coraje, contra el iconoclasta osado y bienhechor, le derriba, le arrastra

por el lodo, le lapida y le tortura, le sacrifica con sarcasmos de triunfo. Es el gran crimen del Gólgota que se perpetúa á través de las razas y los tiempos...

El Escogido pasa, el Escogido muere... pero queda su obra, que es obra de redención y de amor. Las columnas son sólidas: bañadas de argénteo fulgor desafían, altaneras, la demencia de la Multitud... de esa Multitud versátil, inconstante, cuyas locas imprecaciones se trocarán poco á poco en un cántico de alabanzas de infinita dulzura: *¡Gloria, gloria!*

. . . .

La Multitud llora y bendice, á veces, el sacrificio de los héroes; pero es preciso que antes inflija el martirio: para hacer dioses, necesita primero hacer víctimas: al incienso de la gloria tiene que mezclarse el olor de la sangre, y cuando cubre de flores el cuerpo de un hombre es que ya no existe. Levantad esas flores y descubriréis heridas sangrientas todavía...

¡Así pesa la Fatalidad sobre los escogidos!...



EL GENIO Y LA MULTITUD

La multitud ha sido siempre enemiga de los sabios.

CHARLES DE SAINT-ÉVREMONT.

Nos cuenta Cicerón que Antímaco, el gran poeta y gramático griego, leía un día una de sus obras maestras (se cree que fuera la Tebaida) delante de un público numeroso, pero tan poco digno, tan poco atento que, no encontrando la obra de su gusto, comenzó á eclipsarse lentamente. Reparó Antímaco en que el solo oyente que le quedaba era Platón, y, conocedor del valor de sus juícios, continnó impertérrito la comenzada lectura.

Algunos años antes decía Antifontes de Ramno, célebre retórico ateniense: «Cuando se tiene un alma grande, se prefiere el parecer de un hombre de mérito al de la multitud.» (Aristóteles, Moral á Eudemo, III, 5, 6.)

En efecto; los grandes ingenios, las almas abiertas á lo sublime, han manifestado siempre una marcada indiferencia, un desdén que toda su vida proclama abiertamente, por la admiración de la Multitud.

Palestrina, Monteverde, Victoria, Bach y Beethoven no pensaron ciertamente en el gusto de la Multitud al forjar las maravillas que hoy admiramos, no pensaron más que en sí mismos, en su misión para con la Humanidad y en la inconmesurable Belleza de que se sentían penetrados. Wagner, Schumann, Moussorgsky y Franck han obrado, deliberada ó inconscientemente, contra todo lo que la Multitud esperaba y exigía de ellos. Tenían conciencia plena del daño que esto pudiera causarles, pero nada hubiera sido capaz de separarles del camino que se habían trazado para cumplir su misión, para alcanzar lo Infinito, lo Bello, lo Eterno.

Todos admiramos hoy el ejemplo que la Escuela Francesa nos ofrece: no siente el temor de aristocratizarse, de recogerse y de escalar las cimas que sólo el buen gusto y el ingenio hacen accesibles. Recibe allí los aquilones de la crítica, pero vive dichosa su ensueño de elegancia, de claridad, de delicadeza, mientras que en el llano la Multitud murmura su bestial y sombría canción de toda la vida...

La gran Belleza y la Grandeza verdadera no serán nunca accesibles á la Multítud; diré más: hay que preservar contra la multitud á esta grandeza y á esta belleza. No hay que sacrificarlas ni exponerlas á una insensata profanación; es preciso que permanezcan á igual distancia de las masas que las imágenes de los creyentes.

Que la multitud experimente el encanto y el poderío del gran Arte; que sepa, *por nuestra mediación,* todo lo que hay en él de digno, de puro, de noble; pero evitemos, á todo precio, el contacto entre ella y las obras maestras, imágenes del Genio...

El verdadero lugar de los Intérpretes de Arte, de los Evocadores, de los Iniciadores, es el de intermediarios entre el Arte y la Multitud, no sólo para hacerlo amar, sino, y principalmente, para defenderlo; porque la Multitud ama, á veces, pero mal, casi á la manera de las bestias... Sus desbordamientos, de alegría ó de furor, llevan siempre el sello de la demencia: derriba hoy lo que adoraba ayer; aclamará mañana lo que

injurió, vilipendió y ridiculizó en el pasado. El Genio será siempre para la Multitud un algo misterioso é incomprensible; y ésta, á veces, creyendo honrarlo, lo profana...

Acaso fuera mejor renunciar á ella y dejarla que se sacie de lo que su instinto le hace preferir... pero quien dice Multitud dice Humanidad, y la Humanidad es el Hombre. Sea cual fuere la altura á que el Arte permita elevarnos, el Artista, el Artista-Intérprete, sobre todo, no sobrepasa la de un hombre; hay, pues, que afrontar la Multitud, pero alta la frente, con la convicción inquebrantable de protejer ardientemente lo que, para nosotros, es la Alegría y la Vida, y sin olvidar que la Multitud es á menudo para el Genio un tirano cruel...



LA RAZON DEL MAS FUERTE

La razón del más fuerte es siempre la mejor·

LA FONTAINE.

La concupiscencia y la fuerza son el origen de todas las acciones humanas. La concupiscencia hace las voluntarias: la fuerza las involuntarias.

PASCAL.

La reedición de las antiguas obras maestras sufre la misma suerte que el viejo Antifonario; suerte nefasta, como ninguna, porque toda orden religiosa recien fundada tuvo á bien ejercitar su poder reformador introduciendo alguna modificación en este venerable monumento.

Cada nueva escuela trae consigo una nube de pedagogos y eruditos que se creen todos en el caso de reeditar obras antiguas y clásicas. Cada reeditor aporta á esta misión—que no me atrevería á llamar piadosa—el fruto de sus laboriosas meditaciones, y cree poseer—como los chantres italianos y franceses del tiempo de Carlomagno—«la verdadera ciencia del canto...»; y sin embargo el desmoronamiento de los antiguos monumentos continúa sin tregua, ante los distraidos ojos de una multitud de eruditos que han convertido en piqueta la antorcha salvadora.

Porque, á fin de cuentas, esas nuevas ediciones—aparte excepciones meritísimas—no contienen nada que justifique su existencia...; nada más que la «razón social» (la palabra *social* es aquí un delicioso eufemismo), la etiqueta comercial que las cubre...

Un ejemplo: Türk, Westphal y Hugo Riemann, en Alemania; Mathis Lussy y J. Combarieu, en Francia, han tratado de coordinar y generalizar los principios de la interpretación rítmica racional. Se creía que esto fuera la muerte del empirismo ciego é inconsciente y el comienzo del reino de la razón en la interpretación musical. Y sin embargo, ninguno de nuestros modernos reeditores parece haberse dado por enterado, y menos aun los virtuosos, por lo que el *fraseo* musical continúa vejetando bajo el régimen tiránico de la barra divisoria del compás, ó bajo la sospechosa égida de la «inspiración» y de la «intuición»...

Otro ejemplo: nos reveló Moszkowski, hace buen número de años, digitaciones de una maravillosa lógica (hablo ahora para los pianistas) y de una siempre fácil y cómoda aplicación. Los reeditores lo ignoran, ó, lo que es peor, aparentan ignorarlo, pues las más recientes ediciones de Bach, de Mozart, de Haydn y de Beethoven son, á este respecto, de una imperfección y de una insuficiencia que no pueden describirse. Y es absurdo é increíble, pues ya nadie pone hoy en duda la importancia de este «medio» en la interpretación al piano.

X..., en fin, publica una sonata de Geminiani cuyas dos primeras partes han sido tomadas de una obra y la tercera de otra composición del mismo autor. Z... publica cierta conocida pieza de cierto autor antiguo, con un título apócrifo, y consigue así colocar un considerable número de ejemplares de una obra que todo el mundo posee ó conoce. . Cierto célebre virtuoso presta su nombre á cierta edición monumental...; su nombre y nada más, puesto que, sin duda, no está en condiciones de hacer otra cosa, á pesar del título de erudito con que se adorna. Y así sucesivamente...

Por otra parte, los musicólogos, esos seres «tan inútiles» al decir de algunos virtuosos, han descubierto las fuentes de nuestra literatura, nos han dicho cómo se remonta hasta allí y la manera de saciar en ellas nuestra sed... ¡Tiempo perdido!

La mayoria de nuestras ediciones modernas nos aleja cada vez más de estas fuentes para sustituírlas por otras menos puras, menos saludables, pero, es de creer, más fáciles de captar y de más considerable rendimiento. Y estos modernos revisores acortan, alargan, modifican y transforman casi hasta el crimen... Pululan los ejemplos.

¿Por qué todas estas reediciones? ¿Para qué sirven, si no sea para propagar el error y enterrar más profundamente á la verdad? ¿No sería más sencillo reproducir solamente las ediciones originales, tales como se hallan en las bibliotecas públicas ó en las colecciones privadas? ¿Por qué hemos de tener más de una veintena de versiones de la *Fantasía Cromática y Fuga* de Bach, por ejemplo? Cuestión de cantidad, en suma, sobre la que es ocioso insistir, y cuyas raíces tal vez alcancen hasta el Antifonario de San Gregorio, que en todo tiempo el cálculo y la razón de la fuerza han vencido al sentimiento.

Alguien ha dicho que las virtudes se pierden en el interés, como los rios en el mar. Este alguien conocía, probablemente, á ciertos editores modernos de música antigua...



ORO Y ARTE

Dioses, que vivís allí arriba, acariciados por las brisas, ebrios de alegría, extasiados de amor, yo os subyugaré á todos con mi puño de oro.

WAGNER («El Oro del Rin», Escena 3.ª Alberico.)

Las más viejas leyendas, las más lejanas tradiciones, las religiones más antiguas nos muestran al oro como la fuente de todas las desdichas que pesan sobre la Humanidad. Bien sea en *El libro de la Sabiduría,* donde se dice: «Bienaventurado el hombre reconocido sin mancha, que no ha corrido tras del oro, que no ha puesto sus esperanzas ni en el dinero ni en los tesoros»... ó bien en la mitología escandinava, encontramos por doquiera la misma maldición lanzada contra los que buscan el oro «que aparta al hombre de su verdadero destino»...

Pero el hombre se entrega, con creciente exaltación, al culto del oro, porque le proporciona una fuerza que él cree ser la belleza, y un poderío que le hace confundir la grandeza verdadera con una miserable pequeñez.

La raza de los Andvari, de los Loki, de los Hreidmarr y de los Alberico está muy lejos de haberse extinguido, y la presión del anillo maldito continúa afligiendo á la Humanidad como en tiempo de los Nibelungos.

La Humanidad había encontrado en el Arte el agua lustral que lava todas las impurezas, que redime de todos los desvaríos y todos los excesos, que vierte el olvido sobre las ofensas, que conduce, por la más bella de las expiaciones, á la resurrección del alma muerta...

Pero los hombres respetan tan poco al Arte como á sus dioses y á sus religiones, y el Arte sufre, el Arte llora porque, habiendo sido en su origen el filtro que preservaba al hombre de lo que tenía de más abyecto y vil, la concupiscencia y el egoísmo, se ha convertido con el tiempo, por el exceso de su propia bondad, en algo que hace, á aquel más vil y más abyecto todavía.

Se trafica con el Arte. El pensamiento se ha hecho un artículo monetizable, y los que no lo poseen trafican con el de los otros. El ideal, cuando existe, es estrecho, mezquino, apenas digno de ese nombre; pero lo más frecuente es reirse de él. El alma no es más que una confusión de inextricables cálculos y el ingenio ha cedido el puesto á una escandalosa desvergüenza, sin escrúpulos ni límites...

O bien, si existen estas cosas, estas cosas se venden, se compran, se falsifican y se transforman á gusto del adquirente; todo se convierte—gracias á la habilidad de los mediadores—en oro, y siempre en oro.

Ciertamente que los que así obran en la vida pagan á menudo con su juventud la manía de las grandezas, y al fin de sus cálculos falaces, nada hay que para ellos tenga atractivo; la vejez les llama...

Los que así obran en el dominio del Arte pagan siempre con su vida espiritual sus locas ambiciones, porque su corazón, endurecido por la codicia, ya no vibra, no responde á las solicitaciones del alma; la muerte les acecha.

Los unos expían el crimen de haber bebido demasiado oro, á expensas del resto de la Humanidad.

Los otros padecen por haber profanado, por el oro, lo que, para ellos, debió ser sagrado.

La raza de los Alberico se regocija, pero el canto de la Humanidad es triste; el Anillo maldito continúa siendo la sima en que se hunden todos los corazones: nos oprime cada vez más, hace enrojecer en sangre nuestros ojos, absorbe nuestra vida.

¿Quién, sino el Arte, puede salvarnos todavía?



EURITMIA

No admiro al hombre que posee una virtud en toda su perfección si al mismo tiempo no posee, en grado parecido, la virtud opuesta: así era Epaminondas, que al extremo valor unía la extrema benignidad.

PASCAL.

Los griegos llamaban *apalestres*, no solamente á los que se mostraban poco hábiles en los juegos gímnicos, sino también á los atletas que, á pesar de su fuerza y resistencia, no poseían ni la gracia ni el sentido estético necesarios para tomar parte en estos juegos. Y en este caso—si hay que dar crédito al testimonio de Cicerón—el adjetivo griego no tenía nada de lisonjero.

Conocido es el culto de los griegos por la Belleza: en sus juegos, en sus fiestas innumerables, donde el Arte estaba ampliamente representado, buscaban sin cesar la armoniosa seducción que resulta de la gracia aliada á la fuerza, y lo consiguieron por modo imponderable. Es preciso no echarlo en olvido, ya que bien podemos decir que desde entonces hemos cesado de embellecer la vida... Aquel ingenioso adjetivo hubiera tenido en nuestros días frecuente y justa aplicación, ya que nuestra inferioridad estética, mani-

fiesta, obedece más qne nada al olvido de este principio armonioso que presidía á la vida y al arte griegos; la alianza de la fuerza y de la expresión, la identificación de lo grande con lo sencillo, la combinación de la pujanza y de la gracia, la unión de la emoción y de la sobriedad, el equilibrio entre la profundidad y la luz, la destreza y el ingenio, la ternura y la sencillez, la subtilidad y la energía...

Confundimos á menudo estos extremos que creemos opuestos, ó desdeñamos una gran parte de ellos, tal vez la mejor.

Así, en el dominio de la Virtuosidad, nos sucede constantemente que descuidamos la expresión y la gracia en favor de la fuerza y la destreza. Una emoción serena, sobria y sin afectación nos parece fría; una interpretación simple, leal y sin aderezo es enseguida clasificada como interpretación prosáica, grosera y superficial.

En el dominio de la composición, se tacha de impotente y de mezquina á toda obra corta ó de ínfima esencia, y no se vacila en sacrificar para el caso el gusto á la cantidad. Si la obra permanece en los límites de lo natural, de lo humano; si expresa sin ambajes ni afeites una idea que ha brotado en la luz y en la luz quiere permanecer, se la juzgará superficial, pueril, frívola... Ya sabemos cuánto se ha discutido, en Alemania sobre todo, la «profundidad» y la «pujanza» de *Pelléas y Mélisande,* y cuán inútilmente!

Pero entre estos extremos hay algunos de que los Helenos han sabido aprovecharse en Arte, con gran fortuna y que, sin embargo, ahora nos hacen sonreir: la sencillez y la sobriedad, por ejemplo... Guardad bien de hablar de ello porque el anatema caerá inmediatamente sobre vosotros, abrumador, despiadado: os tratarán de *asceta*... y en adelante os negarán toda emoción, toda alegría, toda expresión; seréis, por este hecho, un hombre desprovisto de sensibilidad, indiferente á todo, para el que la Naturaleza nada dice... un ser anormal, un inútil, una especie de eunuco...

Con todo, Aristófanes, Lysias, Isócrates, Tucídides y Menandro, fueron en verdad

«expresivos»; su aticismo, su simplicidad, su sobriedad ejemplares no pusieron obstáculos al surgimiento de su sensibilidad: fueron nobles artistas. La sobriedad y subtilidad de los discursos de Demóstenes no desminuyen su elocuencia ni su energía; son un ejemplo de aticismo. La candorosa modestia de Apeles y su sencillez artística no le han impedido ser uno de los más grandes pintores de la antigüedad.

No, nada de equívocos: la sencillez no es ascetismo. La sencillez no excluye la expresión: la hace *más verdadera*. Asimismo la sobriedad no excluye la emoción: la hace *más justa*.

Los que pretenden que la sencillez y la sobriedad conducen á un arte glacial, rígido y estrecho, olvidan ó ignoran que el Arte es de esencia humana y debe extraer toda su fuerza de la verdad. Y la verdad es simple, si se la mira á través de la razón.

Es tan posible ser sobrio sin rigidez como humilde sin debilidad. Ahora bien; la humildad es una fuerza; y una gran fuerza... ¿Por qué no ha de serlo la sobriedad en relación al Arte?

¿Por qué asimilar esta virtud á la mortificación y al sacrificio?

¿Vamos á confundir el aticismo con el ascetismo? La diferencia es bastante sensible.

El día en que admitamos que una sensibilidad consciente no puede ni debe esplayarse más que bajo la égida de la razón y de la lógica, las palabras sencillez y sobriedad tendrán para nosotros un valor y un sentido cuya belleza, encanto, gracia y poesía no podrán ocultársenos. Toda la belleza griega reside en esto: ¡ójala nos inspire ella siempre!



ARTE CONSCIENTE

Los átomos marchan en cadencia, siguiendo misteriosas leyes que hacen de la sustancia más común de la naturaleza un milagro de belleza á los ojos de nuestra razón. La ciencia, lejos de despojar á la naturaleza de su misterioso encanto, nos revela en todas partes ocultas armonias...

EMERSON.

En tiempos de Alembert, los celosos jansenistas del colegio Mazarino acusaban á las letras y á las matemáticas de «desecar el corazón». Pretendían que estos estudios apartaban de la gracia...

He aquí una admirable divisa para los que pretenden que la observación, el análisis, el raciocinio y la lógica, en Arte, traban la inspiración y dañan al sentimiento.

Pero no puede menos de existir una considerable diferencia entre los amables consejeros de Alembert y los que desearían á toda costa que el Arte fuese unicamente algo de instintivo, de subconsciente. Porque los primeros perseguían un fin político y estaban absolutamente convencidos del valor de aquello de que renegaban; mientras que los otros disimulan, bajo este arriesgado sofisma, una ignorancia perfecta de lo que desdeñan.

Por la misma época, los jesuitas se esforzaban en hacer entrar en su Orden á Dide-

rot... Sin embargo, Alembert salió de la escuela de Mazarino, filósofo, matemático, teórico musical y literato, y Diderot salió del colegio de Harcourt preparado para ser el alma de la *Enciclopedia*. La sensibilidad de ambos fué seguramente la que debió ser; ni más ni menos. Con frecuencia se manifestó ardiente y exaltada...

Los que soñaron un día con desviar á estas dos fuentes de su natural curso, perdieron el tiempo; á los que preconizan las excelencias del Arte «animal», del Arte instintivo, les sucede lo mismo...

Hay leyes que es ridículo querer pisotear, porque son casi divinas. La de la «consciencia» en Arte es una de ellas: es invulnerable.



LA CRITICA [1]

La crítica, á menudo, no es una ciencia; es un oficio en el que se necesita más salud que inteligencia, más trabajo que capacidad, más hábito que genio.

LA BRUYÉRE.

Esta maestra de error, llamada fantasía y opinión, es tanto más engañosa cuanto que no lo es siempre. Porque sería regla infalible de verdad si lo fuera de engaño. Pero aun siendo falsa las más de las veces, no da señal alguna de su calidad, marcando con iguales caracteres lo verdadero y lo falso.

PASCAL.

Palabras de Tácito sobre Marco Antonio Antonio:

«Era valeroso para la acción, pronto para la palabra, hábil para sembrar la división entre los demás, poderoso para las discordias y sediciones, ávido y pródigo á la vez, detestable durante la paz, estimable durante la guerra»...

Palabras de Marcial sobre el mismo personaje:

(1) Me refiero aquí á la Crítica empírica, sabia á medias, oscurantista, profana y rutinaria: la Crítica inútil: la que extravia la opinión; la que dicta sentencias sobre lo que ignora y no comprende; la que fustiga desde lo alto de la cátedra en vez de alentar y juzgar imparcialmente; la que hace de la pluma una piqueta; la que, al servicio de una empresa, hace de ésta su razón de ser, su doctrina y su principio: la que, con sus gritos, ahoga la voz siempre demasiado discreta, demasiado modesta de la verdad; la que, como los falsos artistas, se sirve del Arte, en lugar de servirle digna y noblemente; la que se vende ó se compra: la que, embarazosa y torpe, entraba los movimientos de la opinión. Me refiero á la mala Crítica: la Crítica pedante, intransigente, falsa é hipócrita.

«¿Me preguntas quién es la persona representada en este retrato adornado con rosas y violetas?... Si el Arte pudiera representar del mismo modo las virtudes y cualidades del corazón, no habría nada más bello en el mundo...»

Este fue, sin duda, el nacimiento de la Crítica, cuyos primeros vajidos fueron ya arrullados por la contradicción. Creció á la sombra del árbol de los prejuicios, de infinitas y poderosas ramas, y el error fué su más constante compañero. Sus juguetes preferidos fueron las bagatelas, las nimiedades, las futesas, las astucias, los despropósitos y las fruslerías, que manejaba con extremada habilidad. Sus principales paseos, inciertos en cuanto á orientación, terminaban siempre en inextricables y peligrosos laberintos, de los cuales sólo la vigilancia tan despierta como interesada de sus guardianes podía hacerle salir incólume.

Manifestó siempre una ardiente simpatía por el anacronismo, la paradoja, el disparate, el quid pro quo, el sofisma, el prejuicio, la equivocación y la utopia, que la acompañaban por todas partes...

Sola la modesta verdad fué excluída de este brillante y fastuoso cortejo; pero también fué terrible su venganza. Su madre, una vieja y horrible bruja llamada la Historia, fué á ocultarse detrás del altar de la Fama, juró hacer resonar su risa estridente cada vez que la Crítica fuese á su templo y transformó en asno el hermoso caballo que Clio le había ofrecido en nombre de la Fidelidad.

Pero habiéndose hecho poderosa, á pesar de todo, Doña Crítica, tiranizó á los débiles, á los inertes, á los ruines, á los inermes y á los caducos... y aun también á algunos robustos héroes que, como Aquiles, tenían un punto vulnerable. Desde entonces su vida se deslizó plácida y fácil, pero triste, porque practicaba el bien muy raras veces.

Sin embargo, hizo en sus locas carreras brotar algunas fuentes con su pié, á imagen

de Pegaso; pero al asno le dió por meter en ellas sus pezuñas y quedaron cenagosas... nadie osa allí beber...

Al presente está intranquila, porque la hiedra de la Incredulidad ahoga el árbol cuya sombra le fué siempre propicia y el viento de la Razón dispersa su follaje. Teme las cumbres demasiado altivas, de donde ruedan torrentes de nuevas ideas, y se obstina en rebajarlas, en tanto que, ayudada por el Interés, vela por la prosperidad de las medianías, cuya vanidad explota venal.

Y contempla dichosa, como nuevo Procusto, su obra absurda é igualitaria, mientras que los simples y pazguatos doblan el espinazo humildemente y lamen las pezuñas del asno...



VOCACION

Puesto que la elección de estado debe influir sobre el resto de nuestra existencia, y ha de fijar nuestra posición en el mundo, ser la base de nuestro porvenir y decidir á veces de nuestra felicidad ó infelicidad, el estudio de la vocación, la elección de las ocupaciones de nuestra vida, deben ser para todos los hombres objeto de la mayor solicitud y del examen más serio y profundo.

THÉODORE WEBER.

Angely «el último loco de los reyes de Francia» era un ser desagradable, de humor agrio y carácter melancólico: fué, sin embargo, agregado al servicio de Luis XIII en calidad de bufón.

No extrañe á nadie lo que decimos, porque ya en el siglo XVII se prescindía de la vocación para ejercer ciertas funciones, por grande que fuese la distancia entre éstas y las cualidades del individuo á quien se encomendaban.

Y esto no ha variado en nuestros días: al contrario; tiene quizás más extensión. Hay centenares, miles de cargos que exigen dones, cualidades, aptitudes y disposiciones cuyo valor é importancia no sospechan siquiera los que los ocupan, y que jamás han de poseer, claro está. Todos los días vemos tales cosas y sufrimos sus consecuencias á cada instante y muy á nuestro pesar.

En Arte, en Música sobre todo, esta falta de equilibrio entre la función y las cualidades naturales, innatas, que exige, es de día en día más frecuente, aunque el *métier,* la destreza y, para decirlo todo, la virtuosidad, disimulan á veces, bajo apariencias halagadoras, una ausencia completa de vocación...

El mal viene de lejos. Se decide de la carrera que hemos de seguir en una edad en la que ninguna de nuestras ideas tiene la menor fijeza. A lo mejor, la idea que hace creer hoy en cierta vocación musical de un niño de ocho, diez ó doce años, desaparece al día siguiente, arrebatada, sepultada bajo el peso de una idea más fuerte, más justa, más en relación con la verdadera naturaleza del muchacho. Pero la primera idea ha sido observada y esta idea primera desaparecida, muerta á veces, es la que hace decretar que el niño será músico. Sobre esta piedra hueca hay que edificar un porvenir: esta luz apagada es la que debe guiar á aquel ser infeliz en la eterna noche que va á padecer...

Aún exagero al decir ocho, diez ó doce años porque, de una parte, hay el deseo malsano, y cada vez más extendido, de formar un niño «prodigio»... y de otra el de acumular *métier,* técnica, creyendo que en eso consiste todo el Arte. A los catorce años, es decir; antes de que el niño sepa siquiera escuchar la Música, se le declara músico, se le concede un primer premio, se le exhibe en algunos salones y puede—gracias á la benévola complicidad de un crítico ó de un amigo—pegar algunos recortes de periódicos en un álbum que se enseña á todo el que llega: vanas invocaciones á una gloria que á menudo no responde!...

Y, si pertenece á una familia cuyos recursos son limitados, se le buscan—y se le encuentran—unos cuantos discípulos...

Una vez allí es imposible retroceder; hay que dar vueltas á la noria. El infeliz tiene que producir trabajo; tiene que devolver el dinero que ha costado; tiene que seguir el

camino que se le ha trazado de antemano y sin contar con él; tiene que ser alguien, crearse una «posición»... tiene que «moverse» y «llegar».

Y, efectivamente; á partir de este momento, el joven lo sacrifica todo por alcanzar el fin impuesto, fin hacia el que avanza sin esos sentimientos de fe, de ideal y de Amor, de los cuales es precisamente la vocación la divina síntesis...

Con frecuencia se tropieza con naturalezas admirablemente dotadas interiormente para una porción de cosas, y exteriormente, es decir; sólo en apariencia, para la música. Pues bien; la vocación aparente es la que triunfa... y confiando en el *métier,* que á todo reemplaza á los ojos del vulgo, eternamente miope y siempre un poco sordo, se sigue persiguiendo el informe sueño, el fin imaginario, atropellándolo todo, enlodándolo todo, profanándolo todo...

Y así es como se llega á crear esa masa de medianías musicales, que hubieran sobresalido en la pintura, en la poesía, en la invención científica; ó bien esa masa, no menos considerable, de grandes virtuosos que, á despecho de una mediana cultura, un real ingenio y una vasta inteligencia, serán siempre medianos, muy medianos músicos...

Pero estos conocen, sin duda, la historia de Angely, el bufón de Luis XIII; y saben que si fué un detestable bufón, esto no le impidió reunir en poco tiempo una fortuna evaluada en 25.000 escudos—fortuna considerable para aquella época—y ser, en virtud de funciones que sólo cumplió á medias—pues su humor poco retozón no le permitió cumplirlas por entero—adulado, lisonjeado y hasta temido.

Es todo lo que hace falta para tentar á más de un virtuoso, cuyo talento apenas rebasa al del melancólico bufón...



LA VERDADERA GRANDEZA

Los grandes desdeñan á las personas de ingenio: las personas de ingenio desprecian á los grandes que no tienen más que su grandeza; las personas de bien compadecen á los unos y á los otros porqne tienen grandeza é ingenio, sin ninguna virtud.

La Bruyére.

Antigénides fué uno de los más grandes auletas de la Grecia. Pericles, que le admiraba, le encargó de enseñar el arte del aulos á Alcibiades, quien poco fruto hubo de sacar de esta enseñanza.

Antigénides era un hombre de claro talento y profundamente artista, según cuentan las crónicas. Adoraba su arte, hácia el que tenía un respeto religioso; no amaba la Multitud, despreciaba los aplausos y se esforzaba en inculcar á sus discípulos las ideas que sobre esto profesaba. Un día que oyó aclamar bulliciosamente á uno de sus colegas, preguntó: «¿Por qué tanto ruído? Malo debe ser, pues de otro modo no se le aplaudiría tanto»... En otra ocasión, al oir las lamentaciones de uno de sus discípulos por la mezquina cosecha de aplausos obtenida, á pesar del talento que todos le reconocían, halló estas sublimes palabras para consolarle: «Toca para las Musas y para mí»... Esta

frase prueba el ingenio de Antigénides y la opinión en que tenía el entusiasmo de la Multitud. Su juicio era exacto.

Schiller, algunos siglos después, ratificaba el pensamiento de Antigénides diciendo que «en Arte, es malo agradar á muchos». El también se alejó de la Multitud; también él conoció la verdadera grandeza.

Por el contrario, Alcibiades, ilustre discípulo de Antigénides, tenía la pasión de la notoriedad, y realizaba, para satisfacerla, las más locas empresas y los actos más extravagantes.

Así fué cómo, para atraer la atención pública, hizo cortar la cola á un perro de extraordinaria hermosura que todo Atenas admiraba y por el cual había pagado 7.000 dracmas (unas 7.000 pesetas).

Los Alcibiades han hecho escuela; son hoy legión y su nombre aumenta sin cesar. Ambicionan los sufragios de la Multitud, porque es la Multitud la que los sostiene y les permite realizar sus ambiciones de gloria y de fausto. Así es que no tienen más que una sola y única preocupación: satisfacer la vanidad de aquélla, halagar sus gustos, puesto que paga en grandeza y renombre.

A los Antigénides, á los emancipados, á los que viven en el Arte libres de toda traba y exentos de todo servilismo, á los que aman la vida simple como un haz de espigas, á los que cantan para las Musas y para sí mismos, sin preocuparse jamás de la Multitud... á estos les repugna ser vistos por los cien ojos de Argos. Pero son escasos; un puñado, pero un puñado de valientes. Son fuertes, pero tienen tres implacables enemigos: el Oro, la Mentira y la Vanidad. Llegarán á ser numerosos y pujantes el día en que el Arte no sea ofrecido como pasto á la Multitud, sino elevado al rango de un culto aristocrático; es decir, cuando cese de ser el refugio de los ávidos, de los ignorantes y de los egoístas para convertirse en el privilegio exclusivo de los que sienten en su corazón

el soplo de la Fe, de la Caridad y del Amor; de aquellos cuyos ojos soportan, sin cerrarse, el fulgor del Genio.

Sólo entonces alcanzará el Artista la verdadera grandeza.

Pero mientras alcanzamos esta feliz era procuremos preservar las cosas bellas que el arte nos ha legado de las brutalidades de la Multitud, y no olvidemos que los Alcibiades amasan á menudo su gloria con la sangre de las obras maestras que mutilan.



LOS TRES ESTADOS

La vida de un artista, para ser completa, debe pasar por tres estados primordiales y esenciales:

Estado de Iniciación, durante el cual aprende á servirse del Arte.

Estado de Lucha, durante el cual ha de olvidar que es posible *servirse* del Arte.

Estado de Sacrificio, durante el cual no debe pensar más que en servir al Arte.

Para llegar á estos tres grados del Ideal, es preciso, primeramente, colocar muy alto el punto de partida del primer impulso... pero es preciso mantenerse en él y aun excederlo si es posible. En esto se reconoce á los elegidos, á los que llevan en sí esa fuerza sobrenatural que se llama el Genio, ó bien esa otra, no menos poderosa, que se llama la Fe.

Pero lo que, ante todo, debemos evitar, mientras procuramos recorrer estas tres etapas, á veces dolorosas, es que la voz de la Vanidad hable más alto á nuestra razón que la voz del Arte: porque si por ella nos dejamos seducir, franquearemos tal vez la primera etapa, pero no pasaremos ciertamente de la segunda. Y la tercera es la que precisamente nos reserva las mayores alegrías y las más nobles delectaciones...

Estos tres estados corresponden, en cierto modo, á los tres aspectos esenciales de la Belleza: la belleza artificial, la belleza natural y la belleza absoluta. A la *belleza ab-*

soluta sola es á la que debemos atender, y á ella debemos consagrar nuestra vida entera y toda la energía de que somos capaces.

Aquel que alcance la belleza absoluta será verdaderamente Artista. Sólo aquel que haya recorrido sin flaquezas las tres etapas de esta fecunda peregrinación, habrá conocido la perfección sublime. Sólo él se hallará en estado de comprender la Belleza Infinita y la Eternidad que se cierne sobre todo lo que es grande, noble y elevado... Sólo él comprenderá la grandeza de la Humanidad y sabrá perdonar sus debilidades. Sólo él, en fin, podrá gozar de la Felicidad y poseerá el gran secreto del Arte, que no es otro, después de todo, que el inefable secreto de la Vida.



A otros tiempos, otras costumbres...

Los griegos empleaban la melodía para que Apolo les fuera propicio y cantaban bellos cánticos, durante el día entero, para ablandar la cólera de este dios, que se deleitaba oyéndoles.

HOMERO (pasaje citado por Plutarco en su «Diálogo sobre la Música»)

La Música es celeste; su naturaleza es divina y llena de una belleza que extasía el alma y la eleva por encima de su condición.

ARISTÓTELES (citado por Plutarco).

El principal y más noble objeto de la Música es el de expresar nuestros sentimientos de gratitud hacia los dioses. El segundo, consiste en purificar el alma.

PLUTARCO.

Cinco ó seis siglos antes de Jesucristo, se decía que las estrellas se hallaban á igual distancia unas de otras, que giraban alrededor de la tierra y que el sol era más grande que el Peloponeso y que la tierra misma, *tal vez*. Mas, por el contrario, en esta misma época, se atribuía á la música un poder civilizador, educador y moralizador, superior al concedido á las demás artes.

Hoy sabemos que las estrellas se hallan desigualmente distantes entre sí y que los espacios que las separan son considerables: sabemos que están animadas de un movimiento independiente del de la tierra: sabemos, en fin, que el sol es más grande que el Peloponeso...

Pero no atribuímos ya á la Música las bellas virtudes que los antiguos le concedían con tanta generosidad... y esto es de una ironía cruel, porque, de todas las ideas de estos antiguos tiempos, tal vez la única que permanece absolutamente justa, es precisamente la que nos hemos apresurado á echar en olvido. Y el caso es que no hemos hallado otra mejor para colocarla en su lugar.

¿Por qué, entonces, renunciar á ella?

Museo, que vivió cuatro ó cinco siglos antes de Aristóteles, decía:

... El canto, verdadero deleite de la vida...

¿Cuántos somos aún de este parecer á la hora presente?

Platón, maestro de Aristóteles, creía que

...Toda la vida del hombre necesita de euritmia y de música.

Y Aristóteles, que vivió cuatro siglos antes de Jesucristo, se expresa de este modo en su *Política:*

«¿Se debe tomar la música como el vino, como nos abandonamos á la embriaguez, como nos entregamos á la danza? Hay gentes que no la estiman de otra manera. ¿Pero no es más bien la música uno de los medios de llegar á la virtud?... ¿Y no puede influir en las almas, acostumbrándolas á un placer noble y puro?...»

. . . .

«La música es un verdadero goce; y como la virtud consiste precisamente en saber gozar, amar, odiar como lo quiere la razón, síguese de ahí que nada merece mejor nuestro estudio y nuestros cuidados que el hábito de juzgar sanamente de las cosas y

de encontrar nuestro placer en honestas sensaciones y en acciones virtuosas. Ahora bien; nada hay tan apto como el ritmo y los cantos de la música para imitar con la mayor realidad posible la cólera, la bondad, el valor, la sabiduría misma y todos los sentimientos del alma, así como también los sentimientos opuestos á éstos.»—*(Libro V, cap. IV.)*

¡Qué feliz ingenuidad!... pero también ¡qué fondo de verdad en estas sencillas palabras!

¿Por qué olvidarlas por completo?

A otros tiempos, otras costumbres. Pero á veces me pregunto si las nuestras son mejores...



Las eminencias inútiles

La adulación es, de todos los venenos, el que más vértigos produce.

De Ségur.

Ateneo, que admiraba á Antífanes, se limitó, para decírselo, á dirigirle los epítetos de *amable,* de *gracioso* y de *agradable.* Y, sin embargo, era Antífanes el más autorizado representante, en Atenas, de la comedia de medio carácter; escribió casi trescientas de ellas, obtuvo el premio de una multitud de concursos y le cupo en suerte, además, un gran talento. Estos epítetos, por modestos é insignificantes que hoy puedan parecernos, debieron bastar á un hombre de tanto ingenio como Antífanes, puesto que por venir de quien venían, sin duda, comprendió que eran absolutamente justos.

Hoy bastarían apenas para satisfacer la vanidad del empleado encargado de abrir y cerrar la tapa de nuestros pianos de concierto, porque la época en que estos calificativos estaban en consonancia con ciertos hábitos de equilibrio, de discreción y de buen gusto, se halla bastante alejada de la nuestra...

Los incomparables, los colosos, los genios maravillosos, prodigiosos y sublimes; los titanes, los héroes triunfadores, los inmortales, insignes y eminentes; los célebres, ilustres y magníficos, se cuentan hoy por millones. A cada instante, en cada esquina, paseo ó callejuela, en el tranvía, en el estanco, en cualquier lugar en que se reunan dos humanos, se descubre una eminencia de porte altivo, mirada altanera, la frente cruzada por

un pliegue enigmático, profundo, indefinible... y el cuerpo henchido de impudente orgullo...

Forman legión; son hombres de cierta edad, condecorados generalmente, miembros de inútiles y dudosas asociaciones, y lucen, con arrogancia, barniz oficial. Pedantes y desagradables, reticentes y egoistas, toleran, sin embargo, que se les llame *maestros* á cada triquitraque, aun cuando menos demuestran serlo... pero en cambio se irritan, frívolos y pueriles, en cuanto hay que rendirle tributo á un «talento» cualquiera, por mediano que éste sea.

Muchos de ellos no han sabido hacer nunca la menor cosa útil ó substanciosa. Su vida--que, con Antífanes, comparan al vino, sin duda porque se torna en vinagre cuando sólo quedan algunas gotas—se ha deslizado plácidamente, sin grandes emociones, sin luchas ni triunfos, sin dolores ni alegrías, mecida por grandes ambiciones y aderezada con pequeñas intrigas, en las que siempre han desempeñado el más ventajoso papel.

Parásitos hoy, temen el porvenir, y por fingir aplomo y atraerse la opinión, ponderan, derrumban, decretan, juzgan y dogmatizan, siempre absolutos é intransigentes... Intransigentes sobre todo, pero orgullosos de tener bajo su férula á algunos seres débiles á quienes imponer la mal forjada visión de una grandeza ficticia, imaginaria y estéril.

No es á esos héroes de encrucijada á quienes puede aplicarse el epíteto de *graciosos,* ya que la Gracia ha sido en todo tiempo privilegio de las gentes de ingenio; por eso, sin duda, han procurado hallar otros de más redundancia, pero no más verídicos ni más legítimamente ganados. De este modo es como satisfacen su vanidad los listos... olvidando que la gloria así adquirida cesa con la existencia y se convierte en desprecio, vergüenza y vituperio.



Los buenos Apóstatas

Se cuenta que un gran pintor italiano del siglo XIV (me parece que Antonio de Francesco), cansado de la pintura y, sobre todo, de los disgustos que ésta le ocasionaba, se dedicó á la destilación de plantas y á la composición de drogas medicinales. El salto es formidable, pero no es un caso único.

En España, como en Italia, estas deserciones, estas metamorfosis inesperadas son bastante frecuentes, debido á que, si hay pocos países tan naturalmente dotados para el arte como estos, en cambio hay pocos también en que sea más difícil, más penosa la vidá del artista. Así, yo he conocido en Barcelona un músico exquisito y de admirables cualidades que, disgustado él también de los mil sinsabores y engorros que el ejercicio de su arte le procuraba, se dedicó á la venta de billetes de lotería...

He encontrado en la Habana, durante uno de mis viajes, un prodigioso bajo cantante que hallaba preferible vender lámparas de alcohol y mecheros de luz...

Allá también he visto al hombre más artista del mundo convertido en hombre de negocios, de pianista excelente que era en su juventud, sin que por eso dejara de cultivar la música del modo más puro y respetuoso... lo mismo que el vendedor de billetes de Barcelona!...

En el fondo, es la sensatez misma la que inspira á estos modernos agarenos. Habiendo visto cuánto hay que regatear, intrigar y especular para llegar á hacer un tanto productivo el arte al que se habían consagrado y al que pedían un apoyo para su vida, han creído más noble, más leal y más seguro, en fin de cuentas, entregarse á la verdadera especulación y al verdadero comercio ya que en ellos todo esto se halla bienquisto, admitido, aceptado y es hasta necesario.

Encontraban repugnante tratar como chalanes una cosa que amaban con verdadero fervor y, en lugar de profanarla y venderla, se determinaron á honrarla en su hogar, en el seno de la más respetuosa intimidad y del mayor recogimiento, en tanto que se aseguraban la libre facultad de obrar de este modo vendiendo objetos de calidad garantizada por el Estado ó por una Compañía cualquiera, ó haciendo operaciones financieras basadas en la política, en los grandes acontecimientos, etc. Su espíritu tuvo que plegarse á las exigencias de este dualismo, pero lo hicieron con una doble y sincera lealtad.

Es de desear, con todo, que tales sacrificios no se repitan. Bastaría para ello con que se impusieran á los falsos sacerdotes de nuestra religión, á los fariseos é hipócritas, á los mercaderes, á los truhanes que con hábitos de artista penetran en los templos del arte para especular y traficar con la Belleza, ya que, más que nunca, se muestran osados en sus amaños y arterías.

¿Por qué venden el Arte en lugar de vender cerillas ó cajas de betún?... Esto sería menos poético, sin duda, pero cuánto más honrado!... Por lo menos dejarían el campo libre á los que no quieren traficar con lo que, para ellos, es el objeto de un culto acendrado.

¡Los hay todavía!...



Los Supérfluos

No se adquiere lo supérfluo más que á expensas de lo necesario.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

La superfluidad en toda clase de cosas es punible.

(ACADEMIA FRANCESA.)

Entre las divinidades de los vedas, existe una, Agni, que tiene la suerte de poseer tres piernas y siete brazos. Nos la representan montada sobre un macho cabrío.

Con el tiempo, este encantador diosecillo podría llegar á ser también una divinidad musical; por ejemplo: el tipo acabado de un perfecto virtuoso del marfil, pues es indudable que, en un porvenir próximo, no bastarán dos brazos y dos piernas á las imperiosas exigencias del oficio de pianista.

La necesidad crea el órgano—se dice—y para justificar esta necesidad tenemos, de una parte, los múltiples pedales del clave, instrumento difunto al que se trata de hacer revivir por medio de procedimientos modernos... y de otra, los seis teclados de un piano extraño y complicado—el piano Janko—cuyas numerosas y problemáticas cualidades ensalzaron há poco las crónicas.

Además, actualmente, todo piano medianamente respetable cuenta ya con tres pedales.

Ahora bien; el piano data apenas de dos siglos. A razón de seis teclados y tres pedales por cada doscientos años, y suponiendo que el clave desaparezca, harto de lucha, por segunda vez, tendremos, dentro de seiscientos años—y no es mucho—doce pedales para cada piano de veinticuatro teclados; es decir, como para volver loco al mismísimo Agni, á pesar de sus tres piernas y sus siete brazos. Podemos así, pues, imaginarnos, á poco que nos ayude la fantasía, la silueta de un pianista en el año dos mil quinientos... ¡Será de ver!

Un momento de buen humor hízome olvidar al pobre cabrío que, desde los primitivos tiempos de la India, sirve de cabalgadura al dios de marras. Pero como la voluble Humanidad pone de su parte igual empeño en olvidar la antigua divisa *ne varietur,* no es difícil, dadas las transformaciones á que asistimos, hallar aplicación inmediata al mal oliente cornudo. Si admitimos, por ejemplo, que ciertos pianistas, indiscutiblemente célebres, nos imponen, con espartana seriedad, dos valses de Chopin acoplados, ¿por que no admitiríamos que los haya, más tarde, capaces de tocar en cuádruples octavas el «Preludio de La Siesta de un Fauno» de Debussy, á horcajadas sobre un aseadísimo macho cabrío?

No vale eso menos que lo otro.

Los virtuosos darán una prueba de sensatez buscando en el Rig-Veda principios que limiten sus excesos. Los fabricantes de instrumentos de música tal vez encuentren en ellos algo que satisfaga su fantasía, sin que de ahí resulten más muebles inútiles...



LOS AVIDOS

Arrancarán de las entrañas del hombre inicuo las riquezas que él haya arrancado del seno de los pobres.

JUAN BAUTISTA MASSILLON.

No hay que asombrarse de que la pasión de las riquezas sea tan violenta, puesto que reune en sí todas las demás.

BOSSUET.

San Cosme y San Damián eran médicos y ejercían gratuitamente su arte. Esto no les salvó del martirio, pero dió origen á la creación de una palabra nada vulgar: *anargirios;* esto es, desprovistos de dinero ó que no lo reciben. Esta palabra no ha tenido después aplicación, lo que no debe extrañarnos...

En efecto, las personas capaces de prestar un servicio, saben hoy demasiado lo que puede valerles y no hay temor de que se apresuren á olvidarlo. Es el caso de esos individuos que se dedican, no por vocación, sino por oficio, á la enseñanza de la música y que han imaginado el hacerse pagar anticipadamente gran número de lecciones, á fin de asegurar mejor... la asiduidad de los alumnos, más rara cada vez, según parece...

Otros imponen á sus discípulos la adquisición de instrumentos, frecuentemente de escaso valor, por los cuales reciben escandalosas «primas». Los hay que practican simultáneamente ambos procedimientos y por añadidura un tercero, menos productivo

tal vez, pero no menos edificante: perciben una comisión de los almacenistas de música sobre las obras que los alumnos—á menudo muy pobres—compran á costa de grandes sacrificios.

No hablemos de las ediciones «especiales», cuya adquisición se recomienda *sin ningún interés,* por supuesto; de los concursos «oficiales» donde el débil peso de algunos billetes de banco hace caer la balanza del lado menos conveniente; de las lecciones «particulares», siempre caras, é *indispensables* para obtener en ciertas instituciones, no menos oficiales, una medalla, un diploma ó un premio, ganado, sin esto, en buena lid; de los sacrificios, crueles á veces, que ciertos empresarios y ciertos directores de orquesta reclaman de los jóvenes para permitirles darse á conocer; de las tareas humillantes, vergonzosas, que ciertos editores y directores «artísticos» imponen á los compositores, los héroes de hoy, los ídolos de mañana; de los críticos «de Arte» que venden, al peso, el incienso y... su conciencia; de los pobres virtuosos en ciernes, á quienes arrastran por los salones bajo el falaz pretexto de procurarles conocimientos y obtenerles *cachets* y lecciones para el porvenir, porvenir que se aleja sin cesar y que, á menudo, el pobre artista no alcanza porque la fatiga, la estenuación, la miseria y el dolor le han agotado á medio camino.

. . . .

Nos es dado pensar que la influencia de la música sobre estas «buenas gentes» ha sido bien escasa, ya que obrando así manifiestan sentimientos de tal acritud.

Por lo demás, es cierto que si la Música disfruta de escasas simpatías entre esos individuos, la Filología no sale más beneficiada, porque, necesariamente condenan á una fatal y próxima desaparición á la palabra *anargirios,* digna sin duda de mejor suerte, aunque no fuera más que para consagrar en nuestros léxicos la memoria de dos hombres que, sin ser músicos, dieron prueba de una bondad de alma más que evangélica...

Pero, en cambio, si crece su avidez, acabarán por volver á poner en uso otra antigua palabra, que parecen conocer perfectamente y que pudiera servirles de grito de guerra: *anatocismo,* es decir; los intereses de un capital que producen intereses, los cuales son, á su vez, capitalizados y sometidos á interés!...

¡La moral sufrirá acaso un poco con ello, pero... tan poco!...

¿No ha dicho Boileau que «quien es rico lo es todo»?...

¿Por qué no creerle?...



CELEBRIDAD

La gloria se parece mucho á la opinión; es verdadera ó falsa como ésta.

JUAN FRANCISCO MARMONTEL.

El renombre no es siempre una sólida garantía de mérito: el jamon podría frecuentemente reivindicar los laureles con que aquélla corona á sus héroes.

AXEL OXENSTIERN.

El vino de Antiphros gozaba la reputación de ser el peor de todo Egipto. En Alejandría, sólo las gentes del pueblo, cuyo gusto era seguramente muy mediano, lo bebían. Sin embargo... tenía una fama, poco envidiable ciertamente, pero reconocida y sólidamente establecida. Era un mal vino célebre...

Son las reputaciones y celebridades como otras mil cosas en el mundo: las hay de toda especie y para todos los gustos, aun para los peores: las hay grotescas y pomposas, divertidas y fastidiosas, desvergonzadas y modestas, absorbendes y discretas, tristes y cómicas, inconvenientes y oportunas, importantes é insignificantes, triunfantes y declinantes, nominales y efectivas, fabulosas é históricas, venerables y nacientes... falsas y legítimas. Estas son cada vez más raras, pero las hay aún...

Algunas se extienden por el universo entero; otras no traspasan las fronteras de una nación; muchas permanecen puramente locales... y yo conozco algunas que no han salido de los ocultos designios de los mortales que las ambícionan. Tal era, por ejemplo, el caso de un musicastro que conocí en C..., quien, á falta de cosa mejor, se revestía or-

gullosamente, y con entera convicción, del título de... *¡Miembro de la Academia Francesa!,* nada menos. Verdad es que esto sucedía al otro lado del Océano, en una joven república donde se han visto y donde se verán todavía cosas más curiosas!... (1)

Aquí, en Europa, no se repara tampoco en pelillos: las condecoraciones—académicas ó de otra clase—la repetición regular y sabiamente ordenada de los mismos adjetivos en los mismos periódicos á propósito de hechos absolutamente idénticos y á menudo insignificantes; las numerosas relaciones, más ó menos escogidas, que dan pié á zalemas inacabables; la calculada frecuentación de ciertos lugares públicos, propios para hacerse notar á fuerza de doblar el espinazo; la aventurilla sentimental deslealmente convertida en provecho propio; los títulos más ó menos legítimos que se exhiben sin tregua; la narración de triunfos lejanos, con frecuencia imaginarios, aumentados siempre... todo, todo se transforma en celebridad!... Celebridad efímera, grandeza aparente, gloria ficticia; pero celebridad, grandeza y gloria, con todo!...

Por otra parte, aunque el peso de una reputación sea á veces limitado por el juicio de la Historia, la multitud no se preocupa de ello, al contrario. La hacen falta renombres, celebridades, sea cualquiera su origen y su valor; y por eso ella las forja, á menudo, por sí misma. Pero las más de las veces estas celebridades son bochornosas, repugnantes...

Sin haberlo probado, me atrevo á creer que el vino de Antiphros era mejor... Por lo menos, su reputación era merecida...

---

(1) Juan Chapelain, poeta francés nacido en París en 1595 y muerto en 1674, habiendo sido encargado por Colbert, en nombre del Rey, de fijar las pensiones que debian concederse á los escritores más notables de la época, tuvo la encantadora modestia de asignar *al señor Chapelain, el más grande poeta francés y el de más sólido juicio, 3000 libras.* Los Chapelain han hecho escuela en las Antillas... y en otras partes.

FIDELIDAD

Nicolás Anthoine—un loco, según unos; un cuerdo, según otros; un héroe, para muchos; un hombre, para todos, y esto basta...; un hombre que sufrió la pena de muerte por crimen de religión—perteneció al catolicismo. Como concibiera dudas sobre su fe primera, abrazó otra; no satisfecho de esta última, buscó la salvación de su alma en el judaísmo. Sometido á juício, prefirió la muerte á la abjuración de sus creencias y fué, según la costumbre de entonces, estrangulado y quemado en la hoguera. Pero antes de su ejecución puso su firma al pié de un largo escrito en el que defendía valientemente su fe y su religión.

No me toca juzgar las razones que condujeron á este hombre á tan inútil sacrificio. Hago abstracción completa de las razones que le guiaron en su evolución religiosa y no tomo aquí en cuenta más que su firmeza, su lealtad y su valor para defender y sostener una Creencia y un Ideal.

En la época en que esto sucedía, eran raros tamaños sacrificios. Hoy nos parecen inverosímiles, porque la pequeñez de la vida que vivimos, el determinismo y el sentido práctico son poco propicios para el heroísmo. Es, sin embargo, saludable evocar tales ejemplos de vez en cuando, sobre todo en los medios artísticos, para no perder de vista el modo como se conducen los que tienen una fe, verdadera ó falsa, para con ella y para con la humanidad...

Volvamos al Arte.

Es evidente que el arte, como creencia, no lleva consigo tan trágicos holocaustos; pero reclama, exije también, á veces, grandes sacrificios, y no podemos menos de comprobar con tristeza cuán lejos estamos del grado de piedad, de fidelidad, de adhesión que otras creencias supieron inspirar...

Y no obstante, el Arte es también una religión, y una religión que sufre á cada instante las violaciones de los simoniacos, las maldades de los falsarios, las prevaricaciones de los traidores, las denegaciones de los renegados, las sediciones de los apóstatas, las profanaciones de los impíos, los sacrilegios, las espoliaciones y las blasfemias de los bárbaros, de los profanos y de los hipócritas... lo mismo que las demás religiones...

Lo sabemos, lo hemos visto mil y mil veces...

¿Cuántos son los que se rebelan?... ¡Oh, muy pocos!... Un puñado, un ínfimo grupo. Pero en estos fieles, penetrados del respeto y amor, el Arte produce los mismos fervores, las mismas adoraciones, los mismos entusiasmos, los mismos transportes, los mismos éxtasis, las mismas exaltaciones y la misma beatitud que en un tiempo la Religión...

Y esto prueda que hay gentes todavía que tienen sólidas convicciones y están decididos á defenderlas, á sostenerlas, á propagarlas y á preservarlas de toda profanación...

Esto prueba que hay gentes todavía que tienen un Ideal y que se hallan dispuestos á sacrificar su vida para realizarlo... y otras que, sabiendo que no podrán alcanzarlo por sí mismas, no cesan de perseguirlo á pesar de todo, en la certeza de que facilitan la misión de sus descendientes...

Esto prueba que hay gentes todavía para quienes es, antes que todo, el sentirse dignas de sí mismas y de la causa á que se han consagrado en plena conciencia y abnegación...

Esto prueba que hay gentes todavía que, sintiéndose condenadas de antemano y no ignorando el poder de los prejuicios, van hácia ellos y no vacilan en sacrificar, en lucha desigual, una juventud que pudo ser tranquila y una reputación que, á menudo pudieron conquistar facilmente.

Esto prueba que hay gentes todavía que prefieren la aprobación consciente, legítima y merecida de algunos individuos, á la versátil, falible y efímera de la multitud.

Y esto prueba que hay todavía gentes que sienten y aman el Arte y la Vida generosa y ardientemente, sin debilidad y sin egoísmo, con una alegría inefable y una noble dignidad. La belleza del Arte y de la Vida las sostienen... Son hoy tal vez pocos los que así consideran al Arte; pero los hay y los habrá siempre.

Y de las manos de estos seres elegidos saldrá el Arte tan puro como siempre, tan inmaculado como los dioses ó los hombres lo han hecho...

Es el milagro de la Fidelidad.



ANALOGÍA

Leo en un tratado especial: «Se pesca la anchoa, generalmente, con luz. Tres ó cuatro barcos, que llevan nombres *sui generis,* parten á nocturnas horas y, al llegar al punto deseado, encienden una luz que atrae al infeliz pez. Otro barco va detrás, en la sombra, y con sus redes rodea, en el momento oportuno, á uno de los primeros; se apagan las luces y se golpea el agua, procurando hacer el mayor ruído posible. Las anchoas se arrojan sobre las redes y se enmallan.»

A pesar de lo indigno de este procedimiento, debo reconocer que tiene un equivalente en mi oficio, que no es por cierto el de pescador de anchoas.

Nosotros organizamos la pesca del público casi de la misma manera; en lugar de tres ó cuatro barcos, sin embargo, no empleamos más que uno, pero de grandes proporciones, al que llamamos *concierto, recital, sesión,* etc.

He aquí el procedimiento: Se encienden las luces del reclamo ó publicidad por medio de carteles pintorroteados y de sueltos incitantes, que, en la obscuridad del anonimato, hacen gran efecto y atraen al espectador. Este, auuque pez de fondo, acude seducido y pronto á colarse en la trampa que, eufémicamente, llamamos «sala de conciertos». Diestramente se hacen maniobrar ciertos efectos de luz, que varían según el gusto del patrón (el virtuoso), desde la rutilancia (alumbrado á giorno) hasta la obscuridad (alumbrado patético)... y, en el momento psicológico, se golpea ó se rasca muy

fuerte y muy aprisa en un instrumento cualquiera, de manera que se produzca el mayor ruído posible...

Las redes del virtuoso están preparadas: el oyente se precipita sobre ellas y se enmalla...

La analogía es patente, incontestable...

Hay, sin embargo, un punto en que difieren ambos procedimientos. Con el primero el pescado muere; con el segundo se le atonta solamente, y de tan extraña y agradable manera—gracias á los encantos de la virtuosidad—que algunas veces se deja volver á coger. Desde hace algún tiempo, sin embargo, los grandes pescadores (los virtuosos célebres) notan en las mallas la presencia de abundantes y molestas pescadillas (así llaman ellos á los verdaderos músicos y á todos los que desprecian el virtuosismo) y esto parece embarazarles singularmente, porque esos minúsculos y revoltosos peces pasan y vuelven á pasar á través de las redes mejor tendidas y no vuelven más que para impedir á los otros caer en ellas.

Las pescadillas esas son observadoras y no carecen de filosofía: saben qne los mayores vuelven de aquellas nocturnas pescas despojados de algo (una suma que oscila entre una y veinte pesetas, según las latitudes y las... altitudes) y más tontos siempre, puesto que hablan, ufanos y aun exaltados, de Arte, de Belleza y hasta de Música, sin que, ni por asomo, hayan visto ni oído ni una ni otra cosa...

Esas pescadillas no merecen, realmente, que se las confunda con las anchoas ó auditores ordinarios...



ARRIVISMO (1)

Anselmo de Laon, célebre teólogo del siglo XI, tenía el raro mérito de unir á una vasta inteligencia una sobriedad y una simplicidad ejemplares, llevándole su gran modestia á rehusar varias veces el episcopado. Se cita de él esta admirable respuesta dada á uno que le ofrecía cargos y títulos de nobleza para sus sobrinos: «No quiera Dios que mis lecciones sobre la Sagrada Escritura procuren á mis parientes distinciones capaces de hacerles perder la humildad que la Sagrada Escritura recomienda».

Si Anselmo de Laon hubiera vivido en nuestros días se hubiera visto un tanto sorprendido al saber que hombres de una singular especie—especie que no existía en su tiempo, pero que responde muy bien á las exigencias del nuestro—viven, se enriquecen, se hinchan de orgullo, se rodean de aparato, de magnificencia y de esplendor predicando el Evangelio de la música; es decir, iniciando á las muchedumbres en la grandeza y la belleza de obras frecuentemente concebidas en la más obscura pobreza y creadas por seres cuya humildad y modestia eran, á veces, tan grandes como su genio.

Anselmo de Laon no concebía que un cambio favorable en la fortuna de sus sobrinos

(1) En la imposibilidad de hallar una palabra equivalente tan expresiva, dejamos sin traducir, puede decirse, la francesa.

pudiera ser la consecuencia de sus bellas «glosas interlineares» sobre las Escrituras y, con santa dignidad, rechazaba el ofrecimiento...

Hoy, ese gesto, impregnado de la más pura nobleza, provocaría la hilaridad de todos, porque el menor cargo oficial y la menor influencia sirven de escabel para llegar antes—á costa de los más vergonzosos tropezones—á la realización del fin propuesto... No es posible conseguir nada, ó casi nada, por sí mismo: hay que desdecir, hay que intrigar, hay que mendigar apoyo para todo, aun para ciertas debilidades...

Y cuando afrontamos la sociedad, ésta no nos pregunta si la aportamos un poco de pura alegría, un poco de esa noble Verdad que el Artista busca y persigue sin tregua... sino que nos dice: «¿de parte de quién venís?... pregunta cínica que, en el fondo, quiere decir: ¿qué queréis?; ¿hasta qué punto debo concederos lo que la intervención de una persona importante os autoriza á pedirme?»...

Y así sucede que en lugar de recogernos, de reconcentrarnos y de aislarnos para mejor observar, penetrar, profundizar y juzgar las bellezas de nuestro Arte, malgastamos nuestro tiempo, nuestra energía y nuestra voluntad y los empleamos en halagar los gustos de la sociedad, prodigándonos de mil maneras. Siempre y por doquiera nos mostramos amables y serviciales, benévolos y solícitos, previsores y obsequiosos, humildes y resignados, y siempre estamos prontos á satisfacer los menores caprichos y las más apremiantes exigencias de esa antojadiza sociedad...

Y esto ¿para qué?... Pues sencillamente, para recibir más tarde, á cambio de nuestro incesante sacrificio y de la abdicación de nuestra voluntad y de nuestro derecho, una recompensa aleatoria, ilusoria á veces, cuando no es humillante...

Es la feria de las «compensaciones» desleales y de los rescates acomodaticios; sin embargo, muy amenudo, las esperanzas más legítimas se ven frustradas, porque en

estas particiones leoninas el derecho de la fuerza vence siempre á la fuerza del derecho.

Los que, en las horas de desfallecimiento y de amargura, estrechan contra su pecho las Sagradas Escrituras--y cada cual tiene las suyas—no se imaginan las ruindades, las impudicias y los cinismos que mil manos sacrílegas han acumulado sobre ellas... Con tal de llegar, sobre ellas se corre; con tal de elevarse, de ellas se hacen montones; para enriquecerse, se venden, se mutilan, se dispersan... Y cuando no quedan más que ruinas, hay quien de ellas hace glorioso pedestal y desde él, en actitud de títere, solicita, más pueril que nunca, la admiración de las multitudes obscuras. ¡Por qué brutales violencias se manifiesta la debilidad de nuestro Arrivismo!



SENCILLEZ

La sencillez es la consecuencia ordinaria de la elevación de los sentimientos.

D'ALEMBERT.

La sencillez es el colmo y el último esfuerzo del Arte.

S. DE SACY.

Marco Aurelio habla, en sus *Pensamientos,* de las cualidades de su padre adoptivo, Antonino el Piadoso, y alaba sucesivamente su mansedumbre unida á una austera rectitud, su desprecio por la gloria que confieren los vanos honores, su amor al trabajo, su constancia y ardor en el cumplimiento de las prescripciones de la razón y su acierto en penetrar el sentido de las cosas. Pondera, en fin, la modestia de su casa y de sus vestidos, la sobriedad de su mesa, la sencillez de que constantemente se rodeaba...

Y, sin embargo, se trataba de un emperador romano.

Hay, entre esas cualidades, algunas que han llegado á ser muy raras en nuestros días; quizá pueda decirse que las mejores de entre ellas han desaparecido para siempre.

Hoy se concede una mínima importancia á esas cualidades y á los sentimientos que las inspiran y sostienen; ya no se cree en la mansedumbre, en el desprecio de la gloria, en el sentido de las cosas y en la razón de los sentidos, en la sencillez, etc., etc. Me

atrevería á decir que en ciertos medios sociales, muy modernos, muy refinados y muy intelectuales (refinado ó intelectual no son siempre sinónimos de delicado é inteligente) es de buen tono burlarse de estas cualidades y manifestar un elegante y completo desprecio por los que de ellas osan hablar.

En esos medios «privilegiados», en cuanto uno dice «mansedumbre», el eco le devuelve «cobardía»... Si se dice «modestia», el eco responde «debilidad». Si se murmura «sencillez», mil voces contestan «impotencia»! La necesidad de razonar, de reflexionar, de obrar con plena conciencia provoca un largo bostezo. Una lluvia de cuchufletas cubriría para siempre la voz del que cometiera la grave imprudencia de aventurar en uno de estos cenáculos de última moda... las palabras Verdad, Fe y Amor. El ser cándido que osara llevar su audacia hasta ese punto sería muy mal acogido; en su derredor se haría un vacío absoluto, irremediable... No le quedaría otro recurso que huir, cubierto de oprobio.

Algunos meses ó algunos años más tarde, puede ser que se oyera á alguien decir: «¿Qué ha sido de fulano?... ¡Pobre muchacho! No era tonto, pero sin ningún sentido práctico, un soñador, un débil, un fracasado. Con un poco de energía hubiese podido hacer una bonita carrera, sin embargo...»

Para ese tal, los que carecen de energía no son los que, por hacer una «bonita carrera», se entregan al más vil de los tráficos, el de la Belleza... sino *los otros,* los que en la paz de la obscuridad y apartados de la multitud, trabajan ardiente y *enérgicamente* por el Arte, puesto el pensamiento en el Ideal y la mirada constantemente fija en lo Bello.

Para estos últimos, la mansedumbre, la asiduidad en el trabajo, la fe y la sencillez son fuerzas muy poderosas para alcanzar la rigurosa inflexibilidad y la noble disciplina que hacen más accesible la Verdad y libertan el espíritu del hombre.

Para los primeros, cada una de estas cualidades es un obstáculo y una vergüenza. Lo que para los unos es orgullo y libertad, no es para los otros más que sarcasmo, ludibrio y opresión.

Y sin preocuparse de saber quién será el último en reir, ríen los insensatos, ríen sin tregua... mientras que *los otros* trabajan y piensan, quizá, algunas veces, en Marco Aurelio, que fué, como Antonino el Piadoso, emperador y sencillo, fuerte y pensador, humano y filósofo, poderoso y justo.



ZOOLATRÍA Y VIRTUOSISMO

Los griegos no hablaban más que con horror y desprecio de la veneración que los egipcios prodigaban á los animales sagrados. Este culto grosero les parecía incompatible con la reputación de sensatez y de gravedad de que gozaban por doquiera los súbditos de los Faraones.

Es evidente que la zoolatría debía aminorar la grandeza egipcia, pues no solamente los graves hijos de Osiris empleaban sumas fabulosas para hacer frente á los gastos de este culto, sino que además consagraban á sus numerosos ídolos (bueyes, chacales, toros, machos cabríos, cocodrilos, leones, gatos, peces, pájaros de toda especie, etc,, etc.) una parte de su vida y una multitud de sentimientos cuyo grotesco idealismo estaba lejos de honrarles.

Sin embargo, sea en Egipto, ó en la Grecia de Pitágoras, como en la India ó en la Roma antigua, en todas partes encontramos esta necesidad de adoración inconsciente y misteriosa...

Los más civilizados pueblos modernos conservan todavía vestigios de estos entusiasmos fanáticos, y nos transmiten constantemente el eco de tan lejanas exaltaciones. Pero los ídolos no son ya los mismos. Hoy, en vez de adorar al buey, al chacal ó al ibis, adoramos al tenor, al virtuoso ó al cómico. Caruso cuesta mucho más á los americanos

que el Buey Apis ó el Macho Cabrío de Mendes á los egipcios... Al son del violín de Paganini ó de Sarasate hubiera podido reconstruirse el Serapeum de Memfis... Y tal ó cual celebridad de teatro podría adornar con una alhaja á cada una de las seiscientas esfinges que guardan su entrada.

Ciertamente que se han realizado algunos progresos desde entonces, pero son bien livianos si se considera el largo rosario de siglos que nos separa de los Ptolomeos... porque, aunque sea más agradable escuchar á un Kubelik ó un Caruso que oir mujir á un buey, sea ó no egipcio, la desmesurada veneración, el fetichismo que se consagra á estos nuevos ídolos, no son menos degradantes para nosotros—productos de una civilización quintesenciada—que lo fué la zoolatría para los egipcios que hoy día tratamos de bárbaros.

Con todo, es reconfortante el comprobar que, en algunas esferas verdaderamente inteligentes y cultivadas, la aparición del gran tenor, del virtuoso *que no es más que virtuoso*, y de la estrella de teatro demasiado... estrella, provoca sonrisas cuyo sentido ya no es un misterio...

¿Estaremos en el principio del «empujón» que debe desembarazarnos de todos estos ídolos de cartón piedra, de estos dioses de hojadelata, de estas divinidades de vestuario?...

Hora es ya, porque comenzamos á habituarnos á ellos... y Confucio afirma que se triunfa más fácilmente de los malos hábitos hoy que mañana...



TONTERIA Y RAZON

Un tonto sabio es más tonto que un tonto ignorante.

MOLIÉRE.

«La Justicia ha mantenido y conservado á Nicolás Joubert en la posesión del Principado de los tontos y en los derechos á él consiguientes.

F. Y C. PARFAICT.
(Historia del Teatro Francés)

Nicolás Joubert, sucesor de Chicot en el empleo de «loco» del rey Henrique III, puso pleito á los comediantes del Hotel de Borgoña, Valentín Le Compte y Santiago Resnau, pleito que tuvo en aquellos tiempos una gran resonancia. El origen de este proceso no era otro que la reivindicación de la propiedad exclusiva del título de «príncipe de los tontos» ó «príncipe de la tontería», sostenida por el dicho Joubert...

Hubo, pues, un tiempo en que los tontos reclamaban el derecho de serlo y apelaban á la justicia para asegurarse la posesión de este derecho. Aquellos tiempos no eran, seguramente, los nuestros, pues éstos se caracterizan precisamente por una tendencia diametralmente opuesta.

Hoy se encuentra absurdo que se quiera pasar por tonto, aunque no se sea otra cosa; y ninguno de nosotros querría oírselo decir, aun en el caso de que fuera cierto... Al contrario: cuanto más tonto se es, menos se quiere serlo... y esto no por el legítimo deseo de alcanzar una pretendida perfección, sino porque es conveniente y necesario —según dicen—aparentar otra cosa de lo que se es. Se podría, así pues, ser un exce-

lente tonto, amable y nada molesto, con lo que no se haría daño á nadie; pero no, es preciso á todo trance llegar á ser un cuerdo inútil, pedante y fastidioso, aunque para conseguirlo haya que revolcarse en el cieno...

Nicolás Joubert era el más cuerdo de todos los locos y el tonto más listo del mundo... Pero, á pesar de sus cualidades, á pesar de su firme deseo de quedar en tonto para toda su vida, y más tonto que nadie, el pleito duró cinco años (1603-1608), pues sus adversarios, á los que se reputaba como hombres de talento, hicieron todo lo posible para prolongarlo.

En nuestros días, la tontería priva y se impone rápidamente; sólo la razón experimenta ciertos contratiempos: es la tontería la que se los crea.

Los tiempos no son los mismos. Nicolás Joubert pudiera decirnos si son mejores... pero me atrevo á creer que se asombraría si supiese que ya no gozamos de las primicías de su brillante principado.

¿Hay que inferir de aquí que ya no hay tontos, ó que la tontería ha dejado de ser una excepción?...

Ni lo uno, ni lo otro: el principado de los tontos existe siempre, pero ha fijado su morada en el antiguo y glorioso reino del Arte, convertido después en una república abigarrada, errática, desordenada y turbulenta... muy propia en todo caso para las hazañas de sus súbditos, siempre tan tontos y más numerosos cada vez...

Allí, en ese cafarnaum que hoy se llama «el mundo artista» es donde los tontos prosperan. Pero nadie se cuida de ello, ya que el triunfo de la tontería sobre la razón forma parte de esos hechos que se consignan pero que no se discuten; tan naturales y lógicos nos parecen...

VANIDAD

Es tan grande el atractivo de la gloria que, á cualquier cosa á que se ligue, á la muerte misma, la amamos.

El orgullo se posesiona de nosotros de una manera tan natural en medio de nuestras miserias y de nuestros errores, que hasta la vida perdemos gustosos can tal de que se hable de ello.

PASCAL.

El afán de publicidad se manifiesta cada vez más intensamente y en todo orden de cosas. En el siglo XVI, por ejemplo, los carteles de teatro no contenían más que el título de la obra representada, sin mención del nombre del autor ni de los actores.

Hubo de transcurrir un siglo antes de que los autores reconocieran la necesidad de exponer sus nombres á la pública curiosidad, y dos para decidir á los actores à que hicieran otro tanto. La forma del cartel era, además, muy modesta y su contenido muy sobrio.

Hoy, cuando se trata de ciertas obras importantes, el cartel menciona, desde el nombre del autor en candelero, hasta el del peluquero del servicio. Y no solo ni unos ni otros se hacen de rogar para *prestar* sus nombres, sino que se discute el tamaño de los tipos de imprenta, el lugar que aquéllos han de ocupar en el anuncio, la proximidad más ó menos ostensible del nombre de un colega temido ó de baja categoría, la primacía de

rango, etc., etc. Se discute, y hasta se disputa á grito herido, todo ello con excesiva frecuencia.

Ya sabemos lo que el cartel ha llegado á ser en la vida musical contemporánea. A su uso inmoderado es á lo que debemos el triste placer de ver confundidos los nombres más ilustres con los más vulgares productos alimenticios, sobre los mismos muros, expuestos á las más naturales pero más inmundas vejaciones...

Son enormes, desproporcionados, llamativos y horriblemente feos estos anuncios de ahora. Y si, á pesar de sus dimensiones, los nombres de Bach, de Rameau, de Mozart, de Beethoven ó de Wagner aparecen apenas legibles en ellos, es porque el del virtuoso-heroe se impone, radiante, impúdico, clamando su celebridad en las encrucijadas malolientes y excitando la inútil curiosidad de los mentecatos...

Algunos de estos anuncios revelan un singular estado de espíritu. H..., por ejemplo, no ha hallado nada mejor que hacer figurar su nombre tres veces consecutivas, sin más. K... decora las esquinas con un retrato suyo de cuerpo entero y de colosales proporciones. A... nos hace saber que un célebre escultor ha tenido á bien reproducir sus rasgos, y para que lo creamos pone de manifiesto en el cartel la efigie del célebre estatuario, el mármol que ha vivificado y el modelo, que no es otro que el mismísimo artista-virtuoso. G... nos transporta al dominio de la caricatura, sirviéndose de un anuncio que quiere ser evocador sobre todo, pero que apenas si alcanza á lo ridículo. T... suprime toda indicación concerniente á las obras y los autores que interpreta, creyendo, sin duda, que su nombre es suficiente garantía, ó de mayor prestigio.

Tal artista expone sus carteles en casa de su peluquero; tal sociedad musical en la tienda de un vendedor de mantequilla... (1)

---

(1) No puedo precisar con exactitud, hoy, la tendencia que impera en España á este propósito. Para evitar, sin embargo, toda interpretación viciosa de estas últimas líneas diré que en ellas gene-

Tristes indicios de la influencia del mercantilismo sobre nuestro Arte, que tan poco y tan mal defendemos.

Aunque artistas, podríamos ocupar una noble posición en el mundo; al hacer uso de tales medios nos rebajamos hasta confundirnos con los histriones, los charlatanes y los títeres. No representamos siquiera los amenos Pierrots: nos aproximamos más bien al Scapin de Molière. Pero nuestras muecas son tristes, sin encanto; nuestras truhanerías sin ironía y sin ingenio. Scapin, decididamente, nos superaba, sin blasonar de arte...

---

ralizo tomando por base cuatro grandes capitales: París, Berlín, Viena y Bruselas. En esta última ciudad, particularmente, la deplorable costumbre de exponer carteles en ciertas tiendas se hace cada vez más frecuente, sin que por ello se eleve la menor protesta... Es tan penoso, sin embargo, ver el sacrosanto nombre de Bach á unos centímetros de una enorme pirámide de mantequilla, ó entre jabones y cosméticos!...



EGOLATRIA

¿En qué consiste que los hombres han cambiado las cosas?... Han puesto el sacrificio de animales, el incienso y los demás dones en el lugar del YO, que es la víctima que importaba inmolar.

FÉNELON.

Hubo tiempo atrás, en el país de las Pirámides, un rey atacado de la singular manía de elevar templos: se llamaba Aménofis y era el tercero de este nombre. Como los edificaba á troche y moche, bien pronto hubo agotado los objetos dignos de tal homenaje; pero encontró un nuevo modo de satisfacer su pasión consagrando templos á sus padres y á su esposa. En fin, pareciéndole que sus suegros—simples burgueses egipcios—se hallaban por bajo de semejante honor, hizo que le erigieran uno á sí mismo, en donde se adorase su imagen... Se dice que él acudía con frecuencia á ese templo y que no llevaba nada á mal que se le rindieran, en vida, honores divinos...

En nuestros días, la modestia ejemplar de los virtuosos se manifiesta de análoga manera, aunque menos grandiosa, porque les basta con adorarse á sí mismos; con hacerse llamar *ilustres, eminentes maestros*, en los comunicados que los asaz complacientes organizadores de conciertos confían á la prensa; con hablar siempre y con cualquier motivo de sus ideas, de sus opiniones, de sus proyectos, de sus éxitos, de sus viajes, de sus aventuras, de sus relaciones... en un tono que avergonzaria al mismo Dionysios, el

dios del ditirambo; con llenar su propia existencia y amargar la de los demás con su «yo» enorme, hinchado y monstruoso; con convertirse en ídolo de un grupito de admidores donde domina el elemento femenino y donde pueden, sin gran trabajo, ejercer su doble poderío, divino y humano; con distribuir su imagen á la entrada de los templos de la Música, bien en los programas, donde otras imágenes tendrían un puesto adecuado, bien en cartulinas, más ó menos lujosas, que—siempre desinteresados—venden en el quíntuplo de su valor...

Estos trozos de cartulina son los que hoy reemplazan á los templos soberbios y grandiosos de Aménofis III...

Verdad es que al lado de este rey formidable que edificaba templos á docenas, somos bien poca cosa...

Por esta razón se han inventado los monumentos, pero, en nuestros días, ya se erigen éstos en vida de los héroes, y éstos presiden la inauguración, impávidos... (1)

¿Será que queremos rivalizar en grandeza y en egolatría con el famoso rey egipcio? A ese paso poco hemos de tardar en conseguirlo.

---

(1) La discreción me obliga á callar el nombre de estos *héroes*, pero no cabe la menor duda en cuanto á su existencia.



SNOBISMO

No nos contentamos con la vida que tenemos en nosotros mismos y en nuestro propio ser: queremos vivir en la idea de los demás con una vida imaginaria y para esto nos esforzamos en aparentar lo que no somos.

Trabajamos incesantemente en embellecer y conservar este ente imaginario y descuidamos el verdadero...,

PASCAL.

Varron, «el más sabio de los romanos», era al mismo tiempo un hombre muy sensato; exagerando su prudencia recomendaba que se huyera como de un escollo de toda palabra inusitada. Pero lo que era una sensatez en tiempos de Varron (los sensatos eran raros entonces) se ha convertido, por el snobismo de algunos pobres de espíritu, en indicio de impersonalidad y de impotencia. Así, imperceptiblemente, hemos llegado casi á menospreciar cosas que, sin la malaventurada intervención de estos pusilánimes, hubieran sido siempre bellas, y hasta muy bellas si se quiere: una serie de acordes consonantes, una ronda infantil, un ritmo uniforme ó sin complicaciones, un movimiento amplio y sostenido, versos regulares, una narración fácil, de transparente claridad, etc. etc.

Nos cuesta escribir una cosa natural, una cosa que «ha podido ser oida ya», y conozco algunos que se sonrojan de encontrar belleza en el *Tambourin* de Rameau, en los Cuentos de Perrault ó en las Fábulas de La Fontaine. Los conocemos... son los mismos

que, con aire de superioridad, declaran no creer en nada; los mismos que se envanecen de ser indiferentes á todo, á la Vida, á la Muerte, al Dolor, á la Alegría; los mismos que tachan de *burgués* todo rasgo simple, natural, sincero y espontáneo... y de ridícula cualquier emoción momentánea, vulgar si se quiere, pero verdadera.

¡Oh! Esos son *originales* de pura sangre. Todo lo que hacen es absolutamente nuevo y personal; todo lo que de ellos viene es pura creación...

¿Su alma? No la miréis de demasiado cerca.

Mirad su vida, en cambio; conciben alguna vez un bello rasgo, una frase feliz, una idea fecunda... pero en cuanto sospechan que son observados, todo desaparece en los pliegues de su conciencia mortecina de tímidos disfrazados; porque hay que ser original, raro ante todo, y ese rasgo, esa frase, esa idea no lo eran bastante: faltábales el sello de la «personalidad» tal como ellos la conciben. Y el concepto de la personalidad cuando no es sincero es simplemente monstruoso.

Difícil es imaginarse la influencia, retrógrada en este caso, del probo y fecundo Varron. Mucho se sorprendería éste, si por aquí volviera, al ver que el buen gusto y el sentido común son tan raros en nuestro tiempo como en el suyo, pese á lo que él y otros han hecho por evitar que así suceda. No es suya la culpa, sino de los deprimidos, de los subyugados, de aquellos á quienes ha vencido y encadenado el yugo opresor del prejuicio...

El snobismo es su mayor tortura...



XENOMANÍA

Reiríame de un hombre que tratara de hablar en serio con mi tono de voz, ó de parecérseme en el semblante.

LA BRUYÉRE.

Hubo un tiempo, en Egipto, en que las gentes que no estaban satisfechas de su rostro adoptaban otro para sus retratos, incognoscible, es verdad, pero más conforme con sus gustos, el cual hacían ejecutar por los más hábiles pintores para distribuirlo con profusión.

Esta singular costumbre, que data de los tiempos de Aménofis IV, ha continuado existiendo, después, bajo aspectos diferentes, pero todos emanados del mismo principio. De ello nos ofrece el mundo musical curiosos, aunque menos venerables ejemplos, y no solo en el dominio del virtuosismo, donde casi todo es falso, sino en el de la composición, donde todo pretende ser verdadero...

Me refiero á cierta clase de músicos de real talento, nacidos en Francia, de raza francesa, que se complacen en hacer música alemana, rusa, española ó china... según que su capricho ó su fantasía los transporte á Munich, á San Petersburgo, á Sevilla ó al país de las pagodas...

Aludo á una categoría parecida de músicos españoles que, nacidos en España, de casta española, hacen música que pudiera llamarse imternacional, música «esperantista» que no sabemos si colocar entre Leipzig ó Les Batignolles ó entre Milán ó Ginebra...

Apunto igualmente á ciertos descendientes de los Moussorgsky, de los Borodin y de los Rimsky, que dan pruebas del más mezquino espíritu aplicando á sus obras la etiqueta de «Made in Germany»...

Sólo los alemanes encuentran bastante buena su música y nos dan con ello una lección de buen gusto.

Y esto prueba que, como en los tiempos de Aménofis IV, preferimos ostentar una fisonomía que no es la nuestra. Así los españoles se disfrazaban de italianos mientras Domenico Scarlatti, el napolitano genial, hacía en Madrid música casi española... Los franceses dejaron de ser franceses después de Rameau, y ahora es cuando empiezan á «renacionalizarse», en tanto que la escuela rusa, apenas surgida, emprende, como música nacional, un rápido descenso.

Es verdad que Debussy y Ravel, muy recientemente todavía, se han entretenido en escribir algunas «españolerías», muy afortunadas por cierto; pero estas obras son, á pesar de todo, esencialmente francesas. Su materia, tratada muy libremente, se ilumina por momentos con reflejos hispanos, pero el «alma» permanece, en el fondo, invariablemente francesa. Se trata, pues, de un dominio que sería peligroso explorar más allá de ciertos límites y se precisa toda la flexibilidad del espíritu francés para realizar semejantes fantasías sin salirse de los bordes del arte puro... pero, así y todo... ¿por qué preferir las migajas de nuestros vecinos á los buenos platos de nuestra casa?...



IMPOSTURA

A veces basta con un diestro impostor para degradar lar ideas más sublimes.

FERRIERES DE MARSAY. (?)

Alejandro, el de Paflagonio, impostor célebre, cogió un día una pequeña serpiente, la metió en un huevo de oca y enterró éste, secretamente, en un lugar designado para elevar un templo á Esculapio. Después anunció que iba á resucitar el dios de la medicina. Una multitud curiosa se amontonó en el sitio dicho y Alejandro de Paflagonio, que la precedía, desenterró, llegado el momento, el huevo que había ocultado, lo mostró é hizo salir de él á la serpiente, mientras sus conciudadanos le aclamaban.

Este «milagro» hizo á Alejandro de Paflagonio, célebre y poderoso...

Nuestras modernas multitudes no admitirían semejantes procedimientos, porque la ingenuidad no es precisamente nuestro carácter dominante; así es que hay que recurrir á procedimientos más seguros, aunque algo análogos, ya que la impostura es una y eterna por naturaleza...

Se toma, por ejemplo, una obra musical (el huevo de oca): un Alejandro cualquiera, más ó menos conocido y más ó menos aprovechado, anuncia que el alma del dios crea-

dor de esta obra va á ser evocada, vista y oida á través de su maravilloso talento...: y cuando el momento llega nos deja ver un alma mezquina, hecha de ridículas pequeñeces, de grandes ambiciones y de incommensurables ignorancias; el alma del moderno Alejandro, es decir, un alma que se asemeja en todo y por todo á una pequeña serpiente, pero que sabe hacerse aclamar y sabe hacerse llevar en triunfo, gracias á la complacencia de que todas las muchedumbres dan prueba cada vez que se trata de dejarse embaucar por una nueva impostura, y gracias también á algunas contorsiones más ó menos elegantes, premeditadas y realizadas con un perfecto conocimiento del medio y una buena dosis de picardía...

El auténtico Alejandro acumuló grandes riquezas: los otros no hacen más que seguir su ejemplo siempre que pueden, porque...—no nos hagamos ilusiones—los modernos Alejandros no alcanzan, pese al estrépito que se hace en torno suyo, al grado de imaginación, de malicia, de ironía y de ingenio de que «el otro» dió pruebas.

Los falsos milagros de Alejandro el de Paflagonio eran entretenidos y llenos de originalidad: los de nuestros Alejandros engendran un profundo fastidio. ¿Por qué hemos de preferir á estos últimos?...

Impostura por impostura, vale más la que más divierte.



LOS VIRTUOSOS EN NUESTRA SOCIEDAD

El gran arte de la sociedad consiste en servirse de las personas según sus gustos.

CLEMENTE XI.

Se habla á menudo del lugar que ocupan hoy los artistas-músicos en nuestra sociedad, y se habla de ello con un entusiasmo cuyo optimismo me parece francamente excesivo... Sin duda, existe cierto progreso en este orden de ideas, si se comparan las relaciones que median entre nuestros artistas y la sociedad del siglo XVII y aun del XVIII. Pero este progreso, puramente relativo, es debido, sobre todo, á la formación y existencia de una categoría artística y social que no se conocía aun en tiempos de Pascal. de Racine y de Fléchier; el *virtuoso*.

El *virtuoso* ha comenzado por imponerse á las muchedumbres y ha concluído por penetrar en ciertos medios más ó menos heterogéneos, en los que la nobleza del oro se sobrepone y domina á todas las demás; es decir: ha conquistado un lugar privilegiado en lo que hemos convenido en llamar, por ironía, por eufemismo ó por convicción, la «alta sociedad».

Pero el compositor, el artista-músico, que no es más que músico y artista y que no ha tenido ni tiempo ni ganas de dedicarse al oficio de *virtuoso;* el escritor musical (el

musicólogo ó el *musicógrafo,* como ahora se dice) y el esteta, permanecen, á pesar de todo, un tanto alejados de esa «alta sociedad», resultando de ello que hemos adoptado costumbres incontestablemente inferiores á las que reinaban en Francia, por ejemplo, en los dos siglos que nos precedieron... Pero, ¡qué importa!... Hoy el músico por excelencia es el *virtuoso;* es decir: el que por atavismo, por tradición, por herencia... ó por ironía también, vive casi siempre en la superficie del arte, sin conocer ninguna de las nobles profundídades que éste guarda, temiendo sin duda que si hasta ellas desciende va á sustraerse á la curiosidad que le acecha, le halaga y le seduce. Es inadmisible, sin embargo, que esto pueda, de por sí, considerarse como un progreso, y para probarlo bastaría recordar, por ejemplo, el lugar elevado y preferente que ocupaba el músico en la vida social griega... Sea lo que fuere, es cosa convenida que hemos hecho progresos enormes en todo, en esto inclusive. No me incumbe plantear controversia sobre este especial y especioso punto de vista; me pregunto, sin embargo, si es cosa de enorgullecerse de esta conquista, y cuál puede ser la legitimidad de los títulos que nos ha conferido.

En primer lugar: para el observador atento, el aspecto que presenta el medio en que reina, ó en que pretende reinar el *virtuoso*, ofrece extrañas anomalías. Ese medio no es un círculo aristocrático en el sentldo real de la palabra, ni tan siquiera una mediana agrupación intelectual. Siempre, ó casi siempre, se descubre en él una asistencia heteróclita, marcadamente frívola, ligera, superficial, que vive, brilla y se agita en una atmósfera de vanidad, de mentira y de engañosas apariencias, reconociendo como verdadero dueño y señor no al infeliz virtuoso, á pesar de los fáciles y decorativos murmullos de admiración que se le conceden, sino al oro, con su brillante cortejo de locuacidad efímera, de insulsa palabrería, de pueril galanteo, de infencundo ingenio, de fútil

generosidad y de estéril oropel... Medios abigarrados que por momentos creemos sacudidos y dominados por el arte y en donde grandeza, nobleza, linaje, inteligencia, virtud, talento, genio y voluntad se resumen en una sola palabra: Oro... y Oro siempre.

Tal es la alta finanza; tal es la nobleza contemporánea, la que se dora y redora al árbitro del que la posee sin preocupaciones de abolengo; tal es nuestra «alta sociedad», la sociedad que, cegados por fictivos indicios y fáciles deducciones, creemos, ingénuos, conmover y dominar con nuestro pobre arte!...

En segundo lugar: ¿es realmente cierto que el *virtuoso* se haya «impuesto» en nuestros círculos sociales?... No lo creo: por el contrario, estimo más bien que es víctima de ellos; víctima halagada y solicitada si se quiere, pero víctima al fin. En realidad, al *virtuoso* se le considera hoy, en esos círculos, poco menos que como á una ramera de alta categoría: se disfruta de su talento, de su habilidad; se le paga; se le explota; se le utiliza mientras puede ofrecer el atractivo de una novedad ó el encanto de lo imprevisto... Después, viejo, enfermo, ve palidecer su estrella y muere en un rincón, cubierto de olvido y de miseria...

Decorativo, exterior, galante, fino y mundano por necesidad, realza con su presencia las mundanas tertulias; aporta algo de vida y de movimiento al fastidio y á la rigidez de las reuniones; anima la conversación; ahuyenta el tedio mortal que pesa sobre la humanidad entera... Pero no se le toma jamás en serio. Podría asimilarse á una especie superior de titiriteros, saltimbanquis ó histriones, que Dios, en su misericordia infinita, ha creado para solaz y distracción de los poderosos.

El *virtuoso* es el accesorio indispensable del decorado de nuestra sociedad; es el juguete entretenido que todo el mundo puede tener en su casa á una hora convenida, mediante unas cuantas monedas de oro, para regalar los oídos de una caterva de invitados cuyo estómago ha sido previamente llenado...

El *virtuoso,* hombre ó mujer, es un tema de conversación fértil en sorpresas, en ambigüedades picantes, en insinuaciones de color subido, en palabras de doble sentido. Es el tema «circunspecto» por excelencia, que reemplaza en la conversación moderna el tema escabroso, pero á propósito del cual no dejan de ponerse en evidencia todas las tachas, debilidades é indecencias disimuladas que hacen las delicias de nuestras «preciosas» de hoy en día.

En ese medio social el artista-virtuoso se identifica con el tzigano vagabundo; se la considera con la misma curiosidad que á éste; se le observa con la misma desconfianza; se le conceden las mismas sonrisas y los mismos equívocos privilegios. Cualquiera que sea su alcurnia, el mero hecho de ser artista, de ser músico, de ser *virtuoso* hace que se le considere como de otra raza, y al margen de la vida normal. Diríase que se teme siempre de él la posibilidad de un retorno á lejanas y turbias costumbres...

Si el progreso consiste en esto, es un lamentable progreso.

Pero de todo ello tenemos nosotros la culpa, porque si bien hemos hecho de una parte mucho por elevarnos, de otra hemos obrado en tal forma que la sociedad actual se ve precisada á crearse esta triste opinión de nosotros. Una vida casi siempre desarreglada, una falta de seriedad, de dignidad, y, sobre todo, de verdad en nuestros actos, nuestras ideas, nuestros gestos y nuestras palabras; el falso aparato de que nos rodeamos para cualquier tontería; nuestra manera de comportarnos, demasiado... bohemia; el fondo de mercantilismo, de vanidad y de egoismo que en nosotros se descubre, todo, todo esto ha contribuído en gran manera á crear entre nosotros y la sociedad ese grave equívoco que, pese al esfuerzo de unos pocos, establece entre ella y nosotros una separación tanto más deplorable cuanto que nos aleja de sus mejores elementos.

Este equívoco no desaparecerá hasta el día en que decidamos emanciparnos del es-

tado de mentira y de convencionalismo al que estamos encadenados por la bajeza y la ignorancia de unos, por la pusilanimidad de otros, por la vanidad de todos; el día en que realmente tengamos conciencia de nuestra misión y de su importancia; el día en que pensemos menos en nosotros para pensar más y mejor en nuestro Arte.

Sólo entonces cesaremos de ser el juguete y el instrumento de la muchedumbre y de la sociedad en que vivimos.



PESIMISMO?...

Del hecho de que haya religiones falsas debe deducirse que no hay ninguna verdadera?

BOSSUET.

Recibí, una tarde, á fines del mes de Noviembre de 1909, la visita de un anciano encorvado, consumido, arruinado por las injurias de la edad, cuya voz y mirada conservaban, sin embargo, reflejos de cierta firmeza. Apenas en mi presencia, sacó un cigarrillo de una petaca cuyo aspecto y cuyo valor hacían un singular contraste con la pobre, la austera apariencia de su misterioso propietario, y sin cesar de fumar con avidez, hablóme de esta suerte, lentamente, gravemente...

«Ya no soy joven, pero hubo un tiempo, también, en que, como los jóvenes, huía de »pensamientos lúgubres, de sentimientos tristes, de las cosas empañadas y sombrías que »hacen de la vida un pozo en cuyo fondo hay otro, y otro más... Me apartaba, ante todo, »de la Mentira, porque tenía horror de la Fealdad. Amaba la Verdad y detestaba el Mal, »porque colocaba sobre todas las cosas el culto á la Belleza, creyendo que el que amaba »y comprendía la Belleza, debía amar y comprender el Bien y que sólo aquél podía com»prenderlo todo, amarlo todo y alcanzar así la Dicha Infinita, la Alegría Eterna.

»Amaba cuanto podía ayudarme á entrever esa verdad sacrosanta: una espiga dora-»da ó un árbol; un establo ó un templo; un guijarro ó una montaña... Lo hallaba todo en «Ella y cuando me faltaba, me detenía inquieto en medio del camino... Era joven y ama-»ba la Vida.

»En verdad, creía en pocas cosas... pero creía... y esto sólo bastaba para devolver-»me la esperanza en los momentos en que me sentía desfallecer. La parte de vida que he »vivido, los rincones del mundo que, ávido de saber y de admirar, recorrí y observé, y »los seres que he conocido, nada ó casi nada han añadido á mis creencias. Bien al con-»trario: cuanto más he vivido, cuanto más he observado, de más cuentas he tenido »que despojar el rosario de ilusiones y de esperanzas que una adolescencia un tanto so-»litaria y cavilosa me había dejado por herencia. La suerte adversa quiso que yo no »viera en torno mío más que flores del Mal: Mentira, Egoismo, Concupiscencia, Maledi-»cencia, Traición y Fealdad. Así lo había dispuesto mi destino y hube de acatarle. Le »soy deudor, sin embargo, de haberme hecho encontrar, de tiempo en tiempo, algunas »flores de Bondad, cuyo perfume he aspirado con toda la fuerza de mi ser: á ellas debo »—á las flores de Amistad, sobre todo - la inefable dicha de creer en algo todavía.

»Dos grandes sombras han oscurecido los momentos de mi vida que hubieran podido »ser más luminosos: el culto del Oro, que en todo descubría (y á veces bajo las más ge-»nerosas apariencias), porque sostiene y propaga el egoísmo, verdadera lepra de la Hu-»manidad, y la Mentira, que en todo se halla, porque es el instrumento de todas las feal-»dades, de todas las perversiones y de todas las podredumbres, el sostén de todas las »flaquezas, la pantalla que disimula todas las máculas. Son las dos grandes fuentes de »amargura humana.

»He hecho cuanto me ha sido dable para evitar el contacto de aquellos á quienes veía »bajo el imperio de esas aciegas divinidades, pero así y todo, hube de sufrirlo. He sido »frustrado y burlado con frecuencia; el repugnante torbellino me ha arrastrado á menudo »á pesar mío, y cuando escarnecido y maltrecho, lograba arrancarme de él, quedábame »una tristeza infinita, un asco insuperable. Al principio, cuando era joven todavía, cada »una de esas dolorosas experiencias era para mí un manantial de amargura en el que »bebía valerosamente, oprimiendo contra mi corazón el dulce rosario cuyas cuentas me »hablaban aún de mis primeras esperanzas...

»Pero los años se sucedieron, implacables, tristes, lentos; y con ellos fué precisán»dose ante mi visión, la verdadera imagen de la Vida; apocalíptica mezcla de sufrimien»tos y de alegrías, de odios y de sacrificios, de injurias y de plegarias, de alabanzas é »imprecaciones, de bondad y de traiciones.

»Ví mi salvación en el Arte, porque le creía muy por encima de toda esa miseria. »Creía que el Arte lo podía todo, que era la Bondad misma y que purificaba cuanto á él se »aproximaba; creía que, con mágico ó divino poder, lo embellecía todo, que ennoblecía »los seres y las cosas más viles... y creía que la Música, especialmente, era la quinta »esencia del Arte, y más que todas ellas, mágica y divina. Hice, pues, de la Música, mi »Fe, mi Creencia, mi Esperanza, y luché para llegar á ser Artista; pero en la refriega »se rompió mi rosario y sus cuentas se esparcieron sobre una arena movediza é inmun»da. Era el rescate que exigía la experiencia. Compadezco á todos los que, en parecidos »instantes, sufren la misma suerte, porque de ellos no es la Alegría.

»Esas cuentas de mi rosario, que yo adoraba porque cada una de ellas era para mí un »mundo de ilusiones, de ensueños, de entusiasmos vibrantes y de ardientes exaltaciones »desaparecieron poco á poco, profanadas y cubiertas de decepciones, de pesares y de »dolores. Sin duda, debí llorar, porque florecieron poco después. Eso era cuanto me

»restaba de un pasado en que la Tristeza había usurpado, lenta y cruelmente, el lugar »de la Alegría.

»Rodeé de toda mi solicitud esa gris florescencia y vigilé la cosecha. Fué lastimosa: »en el suelo árido de mi inquieta existencia, aquellos pobres gérmenes no dieron más »que flores de desdicha y dolor.

»Envejecido, desalentado, olvidé poco á poco mis comienzos afortunados, mis triun- »fos primeros, el clamor producido en torno de mi nombre después de mis primeras vic- »torias; las promesas de los unos, los alientos de los otros, la exaltación de los de más »allá... y como al principio, nubes de miseria y traición cargadas de olvido, de envidia ó »de desprecio oscurecieron mi horizonte. Busqué un poco de alegría en la soledad y me »olvidaron poco á poco. Y sin embargo, amigo mío, he conocido los grandes viajes, la »admiración de las muchedumbres, los elogios de la Crítica, los halagos de amistades »entusiastas, el embriagador incienso de la gloria... pero lo he sacrificado todo á mi Idea. »Hoy, viejo, miserable, no soy más que un triste despojo.

»Jamás renegaré del Ideal que me ha conducido á la ruina y á una prematura vejez; »pero ya mi sola aspiración es el reposo, el silencio, la soledad, dulces presagios de la »liberación suprema.

»Ahora bien; acabo de leer un opúsculo de usted titulado «Pro Arte» y he de compa- »decerle, porque ese libro será el germen de su desdicha. Busca usted la luz en donde ya »no hay más que tinieblas; cree usted en la resurrección de la Verdad muerta, borrada del »Arte; cree usted en la posible regeneración de los artistas que hoy asumen la misión de »iniciar á la Multitud; cree usted en la Sinceridad, en el Desprendimiento, en la Senci- »llez y en el Sacrificio... y la gente ha de reirse de tanto candor. Huirán de usted aquellos »que, sin compendrerle, no pueden seguirle; se verá usted injuriado por aquellos á quie-

»nes usted acusa... y traicionado por casi todos los que hoy cantan sus alabanzas, por»que entre ellos son contados los que alcanzan el Ideal que usted propone y han de·son»rojarse en su presencia.

»Se hallará usted sólo en los más bellos momentos de su existencia, y en tanto que »va gastando su juventud y su vida en roturar un campo en el que nadie osará aventu»rarse, otros, más ladinos, ocuparán el puesto á que usted se había hecho acreedor... »Compadezco á usted, amigo mío, porque le veo pasar, inquieto, también, las cuentas de »su rosario, al borde de un abismo en el que quisiera hallarme solo. Veo á usted prepa»rado al sacrificio inútil por un ideal inaccesible. Y por eso vengo á mostrar á usted la »llaga que me roe, dolorosa, atroz, incurable.

»Aprovéchese de la triste lección que yo he recibido, queme su libro, guarde su ro»sario, y vuélvase atrás. En el fondo del inmenso abismo en que me encuentro, rotas »las alas de mi alma, no hay resto de luz.

»Hay más visos de encontrar la Verdad allá arriba que aquí...»

. . . .

No he vuelto á ver al melancólico anciano, pero el cruel pesimismo de sus palabras ha sido mi obsesión frecuente. Es un tema de meditación que propongo, sin embargo, á aquellos de mis lectores jóvenes y artistas que han sufrido ya las primeras mordidas del Desengaño; ellos solos sabrán hallarle interés.

FIN

Esta obra fué escrita en francés y publicada en París por la casa Fischbacker, á principios del año 1912.

FE DE ERRATAS

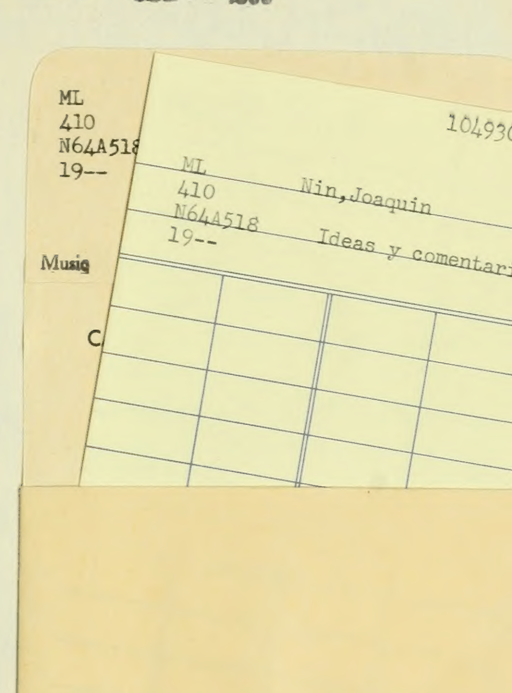
Página 21, línea trece, debe decir *á menudo.*
» 29, línea nueve, debe decir *continuó.*
» 34, línea antepenúltima, debe decir *Cierto.*
» 42, línea primera, debe decir *que.*
» 76, línea penúltima, debe decir *poeta.*
» 78, línea diez y siete, debe decir *prueba.*
» 81, línea quince, debe decir *aunque.*



INDICE



BINDING SECT. JUL 5 - 1966



UTL AT DOWNSVIEW

D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 02 07 01 002 5